

VISIÓN ESPIRITUAL

T. Austin Sparks

CONTENIDO

1. El hombre de ojos abiertos.....	4
2. El resultado de la visión espiritual.....	12
3. Viendo al Señor y viéndonos a nosotros mismos.....	19
4. El hombre que recibe vista espiritual.....	26
5. La causa fundamental de la ceguera.....	31
6. Viendo la gloria de Cristo como Hijo de Dios.....	40
7. Viendo la gloria de Cristo como Hijo del Hombre.....	48

Capítulo 1

EL HOMBRE DE OJOS ABIERTOS

“Entonces Yahveh abrió los ojos de Balaam, y vio al ángel de Yahveh que estaba en el camino...” (Núm. 22:31).

“Dijo Balaam hijo de Beor, y dijo el hombre de ojos abiertos... Caído pero abiertos sus ojos” (Núm. 24:3b y 4b).⁴⁶Entonces vinieron a Jericó; y al salir de Jericó él y sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando. ⁵¹Respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dijo: Maestro, que recobre la vista. ⁵²Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino” (Mr. 10:46,51,52).

“²³Entonces, tomando la mano del ciego, le sacó fuera de la aldea; y escupiendo en sus ojos, le puso las manos encima, y le preguntó si veía algo. ²⁴El, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan. ²⁵Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirase; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos” (Mr. 8:23-25).

“¹Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. ⁷y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo. ²⁵Entonces él respondió y dijo: Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo” (Jn. 9:1,7,25).

“¹⁷Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, ¹⁸alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos” (Ef. 1:17,18).

“Por tanto yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio para que veas” (Apoc. 3:18).

“Para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban por la fe que es en mí perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hch. 26:18).

Creo que la expresión usada por Balaam es muy apropiada para encabezar nuestra presente meditación: “el hombre de ojos abiertos”.

LA ENFERMEDAD ESENCIAL DE NUESTRO TIEMPO

Cuando contemplamos el estado de cosas en el mundo de hoy, nos impresiona y nos oprime profundamente la persistente enfermedad de su ceguera espiritual. Es la enfermedad esencial de nuestro tiempo. No andaremos muy descaminados si decimos que la mayoría de los problemas que padece el mundo, si no todos, pueden trazarse hasta la misma raíz: la ceguera. Las masas están ciegas; no hay duda de ello. En días que se suponen de iluminación sin igual, las masas están ciegas. Los dirigentes están ciegos. Ciegos guías de ciegos. Pero, en gran medida, lo mismo es cierto con relación al pueblo de Dios. Hablando en general, en el día de hoy los cristianos están realmente ciegos.

UN EXAMEN GENERAL DEL TERRENO DE LA CEGUERA ESPIRITUAL

Los textos que acabamos de leer cubren una buena medida, si no todo, del terreno de la ceguera espiritual. Primero están aquellos que nunca han visto: los que nacieron ciegos.

Luego están aquellos que han recibido visión, pero no ven ni demasiado, ni con mucha claridad –*“Hombres como árboles que andan”*– pero que llegarán a ver más perfectamente mediante una posterior obra de gracia.

Luego están los que tienen una visión clara y verdadera, para los cuales, no obstante, todavía una gran región de los pensamientos y propósitos de Dios permanece en la oscuridad, esperando una obra más completa del Espíritu Santo. *“Para que os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos...”*. Estas palabras se dirigen a personas que tienen la facultad de la visión, en quienes la mencionada región de significados divinos aún espera por una obra más completa del Espíritu Santo en el campo de la visión espiritual.

Después, de nuevo, tenemos a los que han visto y han seguido, pero que han perdido su visión espiritual. Estos poseyeron visión alguna vez, pero que ahora están ciegos, con un lamentable factor añadido: creen que ven y están ciegos a su propia ceguera. Esta era la tragedia de Laodicea.

Luego están las dos clases que hemos citado, representadas por Balaam y Saulo de Tarso. Balaam, cegado por la ganancia, o la perspectiva de ganancia, estaba tan poseído con la cuestión de las ganancias y las pérdidas como para estar ciego en cuanto a los grandes pensamientos y propósitos de Dios. Era tan incapaz de ver al Señor mismo en el camino, que llegó casi a punto de quedar tirado en él. El texto es muy claro en este punto. Balaam no vio al Señor hasta que el mismo Señor abrió sus ojos; sólo entonces lo vio: “El ángel del Señor”. Esta es la manera en que el texto lo expresa. Apenas tengo dudas de que se trata del mismo Señor. Después vio.

Más tarde Balaam hizo esta doble declaración sobre el asunto –“*El hombre de ojos abiertos*”, “*Caído pero abiertos sus ojos*”. Este es Balaam, un hombre cegado por consideraciones de carácter y naturaleza personal, sobre cómo le afectarían a él las cosas. Y cuán cegadoras son este tipo de consideraciones cuando tratamos con asuntos espirituales. En el momento en que tú o yo nos detenemos en esta pregunta (¿cómo me afectaría a mí tal o cual cosa?), estamos en un grave peligro. Si alguna vez, por un momento, permitimos que nos influyan cuestiones como: ¿Cómo me afectará tal cosa? o ¿Cuánto me costará esto? ¿Qué voy a ganar o perder a través de esto?, daremos ocasión a que la oscuridad tome posesión de nuestros corazones, y estaremos en el camino de Balaam.

Por otra parte, tenemos a Saulo de Tarso. No hay ninguna duda sobre su ceguera. La suya era la ceguera de su mismo celo religioso por Dios, por la tradición, por la religión histórica, y por lo establecido y aceptado en el mundo religioso. Era un celo ciego, acerca del cual tuvo que decir más adelante: “*Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret*” (Hch. 26:9). “*Había creído mi deber*”.

Qué tremendo giro tuvo lugar cuando descubrió que lo que había creído y considerado apasionadamente como su deber para agradar a Dios y satisfacer su propia conciencia, era completa y diametralmente opuesto a Dios y el camino correcto de la verdad. ¡Qué ceguera! Ciertamente Saulo está ahí como una permanente advertencia para todos nosotros de que tener celo por algo no prueba necesariamente que ese algo sea correcto, ni que estamos en el buen camino. Nuestro celo puede ser algo que en sí mismo nos ciega, y nuestra devoción a la tradición puede ser nuestra ceguera.

Creo que los ojos ocupan un lugar muy importante en la vida de Pablo. Cuando sus ojos fueron abiertos espiritualmente, sus ojos naturales fueron cegados. Y podemos usar esto como una metáfora. En las cosas de Dios el uso excesivo de los ojos naturales puede ser una indicación de cuán ciegos estamos; y puede ser que, cuando estos ojos naturales se cierran para lo religioso, entonces, y sólo entonces, veamos algo.

Aquello que estorba en mucha gente la capacidad de ver realmente, es el ver demasiado pero en una dirección equivocada. Ven sólo con los sentidos naturales, las facultades naturales de la razón, el intelecto y la educación, y todo esto es un obstáculo.

El ejemplo de Pablo nos dice que, a veces, para ver realmente es necesario que seamos cegados. Es evidente que esta experiencia dejó su marca en él del mismo modo que el dedo del Señor la dejó sobre Jacob por el resto de sus días. Pablo fue a Galacia y más tarde les escribió a los gálatas; y les dijo: “*Porque yo os doy testimonio de que si hubieseis podido os hubieseis sacado vuestros ojos para dármelos*”. Para expresar que los gálatas notaron su aflicción y percibieron aquella marca que tenía desde el camino a Damasco, por lo que llegaron a sentir el deseo de sacarse sus mismos ojos para él, si acaso esto hubiese sido de algún modo posible.

Pero es maravilloso notar que la comisión recibida cuando fue cegado físicamente en el camino a Damasco, estaba enteramente relacionada con los ojos. El estaba ciego y le llevaron de la mano hasta Damasco. Pero el Señor le había dicho en aquella hora:

“...A quienes ahora te envió para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios”.

Estos pasajes tienen un mensaje para nosotros, aunque cubren el terreno de la vista espiritual de un modo todavía muy general. Existen, por supuesto, bastantes detalles más específicos, pero por ahora no nos proponemos buscarlos. Vamos a seguir con esta consideración general.

LA VISTA ESPIRITUAL ES SIEMPRE UN MILAGRO

Cuando hayamos cubierto todo el terreno de manera general, regresaremos para notar un rasgo particular y peculiar en cada caso: que la visión espiritual es siempre un milagro. Este hecho trae consigo el pleno significado de la venida del Hijo de Dios a este mundo. La misma justificación para la venida del Señor Jesucristo a este mundo se encuentra en lo que la Palabra de Dios da por sentado. Porque, es un hecho establecido por Dios mismo el que el hombre nace ahora ciego. *“Yo la luz he venido al mundo”* (Juan 12:46); *“Yo soy la Luz del mundo”* (Juan 9:5). Como bien sabemos, esta declaración es hecha en la sección del evangelio de Juan donde el Señor Jesucristo esta tratando con el tema de la ceguera: *“Mientras estoy en el mundo, Luz soy del mundo”*, y esto queda ilustrado cuando trata con el ciego de nacimiento.

De modo que la visión espiritual es siempre un milagro del cielo. Esto significa que aquel que en verdad ve espiritualmente, ha experimentado un milagro justo en el fundamento de su vida. Toda su vida espiritual brota de un milagro: el milagro de habérsele impartido vida a ojos que nunca han visto. Es justamente aquí donde comienza la vida espiritual: viendo.

Y cualquiera que predica ha de tener registrado este milagro en su historia personal. El predicador mismo depende por completo de que este mismo milagro se produzca también en todo aquel que lo escucha. Es aquí donde llega a estar tan indefenso y donde también se llega a ser tan “necio.” Quizá sea aquí donde, en cierto sentido, encontramos *“la locura de la predicación”*. Un hombre puede haber visto y puede predicar lo que ha visto, mientras ninguno de quienes lo escuchan haya visto o está viendo.

De modo que está diciendo a los ciegos: “¡Ved!” y no ven. Está dependiendo por completo de que el Espíritu de Dios venga y lleve a cabo un milagro en ese momento y lugar. A no ser que este milagro se lleve a cabo, su predicación será vana en cuanto al efecto deseado. No sé lo que dices cuando llegas a una reunión e inclinas tu cabeza en oración, pero déjame hacerte una sugerencia. Puede ser que el que vaya a dar la predicación o la enseñanza haya recibido su mensaje como fruto del milagro de la iluminación, y aun así puede ser que tú te lo pierdas todo. La sugerencia es que siempre, en todo momento, le pidas al Espíritu Santo que obre en ti este milagro nuevamente, en esa hora precisa, para que puedas ver.

Pero vayamos más allá. Cada medida de nueva visión es una obra del cielo. No es algo que se completa de una vez por todas. Para nosotros, es posible seguir viendo más y más plenamente, pero, con cada nuevo fragmento de verdad, esta obra que no está en nuestro poder de realización debe ser hecha de nuevo. La vida espiritual no es un milagro solamente en su comienzo; en el sentido en que estamos hablando, es un

continuo milagro hasta el final. Esto es lo que surge de los pasajes que hemos leído.

Puede que un hombre haya recibido un toque y aunque antes estaba ciego ahora ve. Sin embargo, al principio sólo ve un poco, tanto en profundidad como en alcance, y lo hace de manera imperfecta. Existe todavía una cierta medida de distorsión en su visión. Se requiere otro toque del cielo para que pueda verlo todo correctamente, perfectamente. Pero, incluso entonces, no se acaba el proceso, porque aquellos que están viendo las cosas correctamente, perfectamente, tienen todavía posibilidades en Dios para ver, dentro de esa medida, alcances todavía mayores. Sin embargo sigue siendo necesario el espíritu de sabiduría y revelación para conseguirlo. Todo el recorrido del camino se lleva a cabo desde el cielo. ¿Y quién lo conseguirá de otro modo? ¿Por qué? ¿No es la permanencia constante de este elemento milagroso lo que da a la verdadera vida espiritual su genuino valor?

EL EFECTO DE LA PÉRDIDA DE LA VISTA ESPIRITUAL

Llegamos entonces a esta palabra final. Perder la visión espiritual es perder el carácter sobrenatural de la vida espiritual, y ello conduce al estado de Laodicea. Si deseas llegar al corazón de este asunto, es decir, del estado representado por Laodicea que no es ni frío ni caliente; ese estado que provoca las palabras del Señor: *“Te vomitaré de mi boca”*; si deseas llegar al meollo y decir: ¿Por qué sucede esto? ¿Qué es lo que hay detrás de ello? Entonces, sólo una cosa lo explica y es simplemente esta: ella ha perdido su carácter sobrenatural y ha descendido a la tierra. Se trata de algo religioso que ha salido de su esfera celestial.

Y después tenemos la alusión correspondiente a los vencedores en Laodicea. *“Al que venciere le daré que se siente conmigo en mi trono”*. “Habéis descendido un largo trecho hasta la tierra, habéis perdido vuestro carácter celestial”. Sin embargo, en medio de tales condiciones existe todavía para los vencedores un lugar arriba, que expresa el pensamiento del Señor en oposición a esta condición.

Perder la visión espiritual es perder el carácter sobrenatural de la vida espiritual. Cuando este carácter ha desaparecido, puedes ser todo lo religioso que quieras, pero, el Señor tiene sólo una palabra: compra colirio (para que veas); esta es tu urgente necesidad.

LA NECESIDAD DE ESTE TIEMPO

Esto nos lleva entonces a la necesidad de este tiempo, la necesidad que, por supuesto, es la necesidad de siempre, de cada hora, de cada día y de cada época. Pero, en nuestro tiempo nos volvemos cada vez más conscientes de esta necesidad. En un sentido, podemos decir que nunca hubo un tiempo en que se necesitaran más personas que pudieran decir: “¡Veo!” Esta es la necesidad en este preciso momento. Es una necesidad grande y terrible y no habrá ninguna esperanza hasta tanto no se supla esta necesidad. La esperanza pende de este hecho, de que se levanten personas en este mundo, este oscuro, confuso, caótico, trágico y contradictorio mundo, personas que puedan decir: “¡Veo!” Si hoy se levantara un hombre que tuviera una posición influyente, que fuera tenido en consideración, un hombre que viera, ¡Qué nueva esperanza se levantaría con él! ¡Qué nueva perspectiva! Esta es la necesidad. No sé si

esta necesidad será satisfecha de una manera pública, nacional o internacional, pero esta necesidad ha de ser satisfecha por personas sobre esta tierra que estén en esta posición y puedan decir realmente: “¡Veó!”

La cristiandad se ha convertido mayoritariamente en una tradición. La verdad se ha resuelto en verdades y se ha puesto en un Libro Azul, el Libro Azul de la Doctrina Evangélica, algo establecido y cercado. Estas son las doctrinas evangélicas. Ellas establecen los límites del cristianismo evangélico en la predicación y la enseñanza. Sí, son presentadas en muchas y variadas maneras. Se sirven con interesantes y atractivas anécdotas e ilustraciones, y con estudiada originalidad y unicidad, de modo que las viejas verdades no sean demasiado obvias. Tienen ciertas posibilidades de hacerse entendibles gracias a los ropajes con que son vestidas.

Mucho depende también de la habilidad y personalidad del predicador o maestro. La gente dice “¡Me gusta su estilo, su manera de ser y de decir las cosas!” –y mucho depende de estas cosas. Sin embargo, cuando hemos quitado el ropaje, las historias, las anécdotas, las ilustraciones, y la personalidad y habilidad del predicador o maestro, cuando todo esto ha desaparecido tenemos sencillamente las mismas cosas de antes. Algunos de nosotros también venimos y superamos al último predicador en la manera de presentarlas para que estas cosas ganen alguna aceptación, causen alguna impresión. No creo que esto sea criticismo negativo, porque esto es sencillamente la realidad. Que nadie piense que estoy abogando por cambiar o por desechar las antiguas verdades.

Pero a lo que quiero llegar es a esto: no son nuevas verdades, no es el cambio de la verdad, sino que haya hombres quienes al presentar la verdad puedan ser reconocidos por los que escuchan como hombres que han visto. Esto marca la diferencia. No son hombres que hayan leído, estudiado y se hayan preparado, sino hombres que hayan visto, en los cuales se pueda encontrar ese elemento de asombro que encontramos en el hombre en Juan 9. *“Si es pecador o no, no lo sé, una cosa sé, que antes era ciego y ahora veo”*. Tú sabes si una persona ha visto o no, tú sabes de dónde viene y cómo ha venido. Esta es la necesidad: ese “algo,” ese indefinible “algo” que da como resultado el asombro y te lleva a decir: “¡Este hombre ha visto algo o esta mujer ha visto algo!” Es este factor de ver el que establece toda la diferencia.

Oh sí, es algo mucho más grande de lo que tú o yo hayamos podido todavía apreciar. Déjame decirte de inmediato que todo el infierno se une contra esto, y el hombre cuyos ojos han sido abiertos va a encontrarse con el infierno. Este hombre en Juan 9 tuvo que encararlo de inmediato. Le expulsaron, e incluso sus propios padres tenían temor de ponerse de su lado por razón del costo que ello implicaba. *“Edad tiene, preguntadle a él”*. “Sí, es nuestro hijo, pero no nos presionéis demasiado, no nos metáis en esto, id a él y aclararos con él, a nosotros dejadnos”. Vieron una luz roja de peligro, por lo que trataron de evitar el asunto. Ver tiene un costo, y puede llegar a costar todo. Esto es así debido al inmenso valor que el ver tiene para el Señor, en oposición a Satán, el dios de este siglo, que ha cegado los ojos de los incrédulos.

Esto implica deshacer su obra. *“Te envío para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios”*. Satán no va a soportar eso ni en el principio ni en ninguna medida. Ver es algo tremendo.

Pero, ¡qué gran necesidad tenemos hoy de hombres y mujeres que puedan afirmarse en la posición en que estaba este hombre y puedan decir: *“Una cosa sé que habiendo sido ciego, ahora veo!”* Es algo grande estar ahí. No sé cuanto veo pero una cosa tengo muy clara, y es que veo. Es algo que no había sucedido antes. Con tal experiencia hay un impacto, una certificación. En la Palabra de Dios, la vida y la luz van siempre juntas. Si alguien realmente ve, hay vida y hay edificación. Si te está dando algo de segunda mano, estudiado, leído, preparado, no hay mas edificación en ello que, quizás, esa edificación temporal de la curiosidad, una fascinación pasajera. Pero no se encuentra esa vida real que hace que la gente viva.

De modo que no estoy abogando por cambiar la verdad o para que introduzcamos nuevas verdades, sino para que haya visión espiritual dentro de la verdad. “El Señor tiene todavía mucha luz y verdad que impartir desde su Palabra”. Esto es verdad. Dejádme en este punto aclarar algo que se dice de nosotros. No estamos buscando nueva revelación, ni tampoco decimos, ni sugerimos, ni insinuamos que podemos tener nada aparte de la Palabra de Dios.

Sin embargo, sí reivindicamos que hay muchísimo en la Palabra que nunca hemos visto y que aún podemos ver. Ciertamente, todo el mundo está de acuerdo con esto y simplemente esto: necesitamos ver, y cuanto más vemos (vemos de verdad), tanto más desbordados nos sentimos en cuanto al todo. Nos sentimos así porque nos damos cuenta de que estamos en la frontera de aquella tierra donde las distancias son inmensas, la cual se extiende mucho más allá del poder y la experiencia de la breve vida humana.

Para terminar, quiero repetir que, en cada etapa, desde su inicio hasta su consumación, la vida espiritual lleva consigo este secreto: ¡Veo! Justo al principio, cuando nacemos de nuevo, esta debería ser nuestra espontánea expresión, la exclamación de vida. Nuestra vida cristiana ha de empezar ahí. Pero, a lo largo de todo el camino, hasta la consumación final, debe seguir ocurriendo esto mismo, la constante experiencia de este milagro, de modo que tú y yo nos mantengamos en esta esfera de asombro.

Este elemento de asombro repitiéndose una y otra vez, como si nunca hubiéramos visto nada de nada. Lo hemos oído expresado del siguiente modo: “Lo que ha ocurrido ahora, por la gracia de Dios, ha eclipsado todo lo que ha acontecido hasta aquí, y es más grande incluso que mi propia conversión”. Hemos oído esta manera de expresarlo, y no de boca de personas normales. Lo hemos oído de boca de líderes. ¡Hemos llegado a ver en una forma nueva! Ha de ser así.

Pero he de decir a la vez que, normalmente, a una nueva entrada del Espíritu de este modo le sigue el eclipse de todo lo que le ha precedido. Parece que el Señor ha de llevarnos a este punto en que nos es necesario clamar: “¡A no ser que el Señor muestre, a no ser que Él revele, a no ser que haga algo nuevo, todo lo que ha sido hasta ahora es como si nada, todo lo del pasado no me salvará ahora!”. De modo que nos dirige a un lugar oscuro, un tiempo oscuro. Sentimos que lo que queda en el pasado ha perdido la capacidad que tuvo en su día de hacernos optimistas, triunfantes.

Esta es la manera que tiene el Señor de mantenemos avanzando. Si se nos permitiera estar perfectamente satisfechos con lo que hemos conseguido en cualquier

etapa, sin sentir la absoluta necesidad de algo que nunca hemos experimentado, ¿avanzaríamos? ¡Por supuesto que no! Para mantenemos en marcha, el Señor ha de producir experiencias en las que nos sea absolutamente necesario verle y conocerle de una manera nueva, y ha de ser así a lo largo de todo el camino, hasta el fin.

Puede que en el proceso en que el Señor abre nuestros ojos haya una serie de crisis en las que veamos y volvamos a ver una y otra vez hasta que podamos decir como nunca antes: “¡Veo!” De modo que lo que cuenta no es nuestro estudio, nuestro aprendizaje, nuestro conocimiento de libros, sino un espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, siendo iluminados los ojos de nuestros corazones. Es este ver lo que trae consigo la tan necesitada nota de autoridad. Este es el elemento, el rasgo que se necesita hoy. No es simplemente el ver por ver, sino ver para introducir una nueva nota de autoridad.

¿Dónde está hoy la voz de autoridad? ¿Dónde están quienes hablan con verdadera autoridad? En cada esfera de la vida estamos languideciendo de manera terrible por falta de esta voz de autoridad. La iglesia languidece por falta de voces de autoridad espiritual, por falta de esa nota profética: ¡Así dice el Señor! El mundo languidece por falta de autoridad, y esta autoridad acompaña sólo a quienes han visto.

Hay mucha más autoridad en el testimonio del ciego de nacimiento cuando dijo: *“Una cosa sé, que antes era ciego y ahora veo”*, que la que había en todo Israel con toda su tradición y conocimiento. ¿No será esto mismo lo que había en Jesús que daba tanto peso a sus palabras? *“Porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas”* (Mt. 7:29). Esto es lo que despierta el odio. Los escribas eran la autoridad. Si alguien quería una interpretación de la Ley, iba a los escribas. Si querían saber cual era la posición autorizada respecto a algo, iban a los escribas. Pero Él hablaba como quien tiene autoridad y no como los escribas. ¿De dónde emanaba esta autoridad? Simplemente que en todo él podía decir: “¡Lo sé!” No es lo que he leído, lo que se me ha dicho, lo que he estudiado sino esto: “¡Lo sé! ¡He visto!”

Que el Señor haga que todos seamos de aquellos que tienen ojos abiertos.

Capítulo 2

EL RESULTADO DE LA VISIÓN ESPIRITUAL

“Dijo Balaam hijo de Beor, y dijo el hombre de ojos abiertos... Caído pero abiertos sus ojos” (Núm. 24:3b,4b).

“⁴⁶Entonces vinieron a Jericó; y al salir de Jericó él y sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando. ⁵¹Respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dijo: Maestro, que recobre la vista. ⁵²Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino” (Mr. 10:46,51,52).

“²³Entonces, tomando la mano del ciego, le sacó fuera de la aldea; y escupiendo en sus ojos, le puso las manos encima, y le preguntó si veía algo. ²⁴El, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan. ²⁵Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirase; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos” (Mr. 8:23-25).

“¹Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. ⁷y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo. ²⁵Entonces él respondió y dijo: Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo” (Jn. 9:1,7,25).

“¹⁷Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, ¹⁸alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, ¹⁹y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza” (Ef. 1:17-19).

“Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo” (Apoc. 3:17).

“¹⁷Librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envió, ¹⁸para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hch. 26:17-18).

Al comienzo de la anterior meditación hablamos de la enfermedad esencial de

nuestro tiempo, que es ceguera espiritual. Tomamos aquellos pasajes que leímos y notamos cómo cubrían de manera general el terreno de la ceguera y la visión espirituales. Entonces seguimos hablando sobre el común denominador en todos estos casos, que es el hecho de que la visión espiritual es siempre un milagro. Nadie tiene verdadera visión espiritual por naturaleza. Es algo que procede del cielo como un acto directo de Dios, una facultad que no tenemos de manera natural sino que ha de ser creada. De modo que la misma justificación para la venida de Cristo a este mundo desde el cielo se encuentra en este hecho: que el hombre nace ciego y necesitaba un visitante del cielo para impartirle vista.

Por último, perder la visión espiritual es perder el elemento sobrenatural en la vida cristiana, y este era el problema de Laodicea. Seguimos adelante para ver que la gran necesidad de nuestro tiempo es de personas que puedan decir en verdad: ¡Veo! Imagínate que has nacido ciego y que has vivido quizás hasta la madurez sin haber visto nada ni a nadie y que de repente puedes verlo todo y a todos. Seguro que tendrás un sentido de asombro. El mundo sería maravilloso. Supongo que cuando el hombre de Juan cap. 9 estuviera en casa estaría diciendo constantemente: “¡Es maravilloso ver a la gente, maravilloso ver todo esto!” ¡Maravilloso! Esta sería la palabra que más pronunciarían sus labios. Sí, pero existe una contrapartida espiritual, y la gran necesidad es que hayan personas que tengan constantemente este sentido de asombro espiritual en sus corazones. Asombro que brota de un amanecer traído por la revelación del Espíritu Santo, y que es una sorpresa constante y siempre creciente. Es un nuevo mundo, un nuevo universo. Esta es la necesidad de nuestro tiempo: ¡Veo!

En esta meditación vamos a continuar un poco la idea de que en cada etapa de la vida cristiana, desde el inicio hasta su consumación, el secreto ha de ser este: Veo. ¡Nunca he visto como veo ahora! Nunca lo he visto de este modo. Nunca desde esta perspectiva ¡Pero ahora veo! Si se trata de la verdadera vida en el Espíritu, ha de ser así a lo largo de todo el camino de comienzo a fin. Meditemos entonces por un momento en una o dos fases de la vida cristiana que deben ser gobernadas por esta gran realidad de ver por obra de Dios. A lo largo de la meditación te vendrán a la mente gran cantidad de textos bíblicos puesto que las Escrituras contienen mucho sobre este asunto.

VER GOBIERNA EL PRINCIPIO DE LA VIDA CRISTIANA

¿Cuál es el principio de la vida cristiana? Es un ver. Ha de ser un ver. La misma lógica exige que sea un ver, por razón de que toda la vida cristiana ha de ser un movimiento progresivo a lo largo de una línea hacia un fin. Esta línea y este fin son Cristo. Este era el asunto con el ciego de nacimiento en Juan 9. Te acordarás de cómo, tras ser expulsado, Jesús le encontró y le dijo: “¿Crees tú en el Hijo de Dios?” Y el hombre *“respondió y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Jesús le dijo: Pues le has visto, y el que habla contigo, él es. Y él dijo: Creo, Señor, y le adoró”*. El objeto de la vista espiritual es el reconocimiento del Señor Jesús, y va a ser así durante todo el trayecto, de comienzo a fin.

Podemos decir que nuestra salvación fue un asunto de vernos a nosotros mismos como pecadores. Pero si hubiera quedado ahí, hubiera sido una expectativa muy pobre.

O podemos decir que es ver que Cristo murió por los pecadores. Esto está muy bien pero tampoco es suficiente. A no ser que veamos quién es Cristo podría encontrar cabida en nosotros este pensamiento sutil y fatal de que también muchos soldados británicos han muerto por sus compatriotas una muerte tan heroica como la de Jesús, sin discernir o diferenciar entre la una y las otras. No, todo el asunto se resume en ver a Jesús. ¿Qué ocurre cuando de verdad ves a Jesús? ¿Qué le ocurrió a Saulo de Tarso? Bueno, le ocurrieron un montón de cosas, y cosas muy poderosas que nada más hubiera podido producir. Nunca hubieras podido convencer mediante argumentos a Saulo de Tarso para que aceptara el cristianismo. Tampoco le hubieras podido introducir por temor. No hubieras podido convertirlo al cristianismo ni por raciocinio, ni por emociones. Para sacar del judaísmo a este hombre se necesitaba algo más de lo que es posible encontrar en la tierra. Pero vio a Jesús de Nazaret y eso sí lo hizo. Ahora ha salido del judaísmo, es un hombre emancipado, ha visto. Más adelante tiene que enfrentarse a la gran dificultad de los judaizantes que le siguen y persiguen por todas partes para boicotear la fe de sus convertidos, para hundirlos de su posición en Cristo. Y como es el caso con los creyentes en Galacia, muchos llegan al mismo borde de la caída, o llegan a caer. En este punto Pablo plantea de nuevo la cuestión de lo que es un cristiano y la enfoca precisamente sobre lo que sucedió en el camino de Damasco.

La carta a los Gálatas puede realmente resumirse así: un cristiano no es alguien que hace esto o aquello que le está prescrito. Un cristiano no es alguien que deja de hacer esto aquello o lo de más allá porque le está prohibido. Un cristiano no es en absoluto alguien regido por las cosas externas de una forma de vida, un orden, un sistema legalista que dice: "Debes y no debes." El cristiano se define en esta frase: *"Agradó a Dios revelar a su hijo en mí"* (Gál. 1: 15,16). Esta es sólo otra manera de decir: "Abrió mis ojos para ver a Jesús". Las dos cosas son la misma. El camino de Damasco es el lugar. "¿Quién eres Señor? Yo soy Jesús de Nazaret". *"Agradó a Dios el revelar a su Hijo en mí"*. Esto es una y la misma cosa. Lo que hace al cristiano es una visión interior. *"Dios es el que resplandeció en nuestros corazones para iluminación de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo"* (2 Cor. 4:6). *"En nuestros corazones"*. Cristo impartido de este modo y revelado en nuestro interior es lo que hace a un cristiano. Un cristiano hará o no hará ciertas cosas, no por el dictado de ciertas leyes cristianas sino guiado en su interior por el Espíritu, por Cristo en el corazón. Es esto lo que hace a un cristiano, y en esto se echa el fundamento para todo lo demás hasta la misma consumación, porque esto es lo que va a seguir ocurriendo de manera creciente. De modo que el fundamento ha de ser adecuado a la superestructura. Es todo una pieza. Es ver, y ver a Cristo.

Esto es una declaración atrevida sobre la que se podría decir mucho más. Pero es un desafío. Ahora hemos de preguntarnos a nosotros mismos: ¿Sobre qué fundamento descansa nuestra vida cristiana? ¿Es sobre algo externo; algo que hemos leído, algo que se nos ha dicho, algo que se nos ha mandado, algo con lo que se nos ha asustado o algo en lo que se nos ha introducido por emociones? ¿o se basa sobre este fundamento: *"Agradó a Dios el revelar a su Hijo en mí?"* Cuando le vi, vi qué clase de pecador soy, y vi también qué clase de Salvador es Él. ¡Fue el verle a Él la clave de todo! Ya sé cuán elemental es todo esto para una conferencia de cristianos, pero a veces es bueno examinar nuestros fundamentos. Nunca nos apartaremos de tales

fundamentos. Nunca llegaremos a un punto en que hayamos crecido y seamos gente tan maravillosa que hayamos superado estas cosas. Es todo de una pieza. No quiero decir con esto que hayamos de permanecer en lo elemental toda nuestra vida, sino que el carácter de nuestro fundamento sigue condicionando todo el resto hasta el fin. La gracia que estableció el fundamento pondrá la última piedra con gritos de “¡Gracia, gracia!” Todo será esto, la gracia de Dios abriendo nuestros ojos.

VER RIGE EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL

Pasemos ahora al crecimiento. Del mismo modo que el comienzo de la vida cristiana es por ver, así lo es también el crecimiento. El crecimiento espiritual es todo un asunto de ver. Quiero que penséis sobre esto. Para crecer hemos de ver. ¿Qué es el crecimiento espiritual? Contesta esta pregunta con cuidado en tu corazón. Creo que muchos imaginan que el crecimiento espiritual es conocer una mayor cantidad de verdad. No, no necesariamente. Puede ser que al crecer se aumente también tu conocimiento en este sentido, pero no es solamente esto. ¿Qué es crecimiento? Es conformidad con el Hijo de Dios. Este es el fin, y es en esta dirección en la que hemos de movernos de manera progresiva, regular y consistente. El crecimiento completo, la madurez espiritual, será el haber sido conformado a la imagen del Hijo de Dios. Esto es crecimiento. Entonces, si esto es así, Pablo nos dirá: “...*nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor*” (2 Co. 3:18). Conformidad al ver, crecimiento al ver.

EL MINISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO

Esto contiene un principio muy precioso y profundo. ¿Cómo podemos ilustrarlo? Creo que este mismo pasaje que hemos citado puede ayudarnos. La última cláusula nos da la clave: “***Como por el Espíritu del Señor***”. Confío en que no estaré usando una ilustración demasiado trillada para ayudarnos en esto, si recurro a Eliezer, el criado de Abraham y a Isaac y Rebeca, este clásico romance del Antiguo Testamento. Te acordarás de que llegó el día cuando Abraham, que estaba envejeciendo, llamó a su fiel mayordomo Eliezer, y le dijo: “*Pon ahora tu mano debajo de mi muslo y te juramentaré por Jehová, Dios de los cielos y Dios de la tierra, que no tomarás para mi hijo mujer de las hijas de los cananeos, entre los cuales habito, sino que irás a mi tierra y a mi parentela y tomarás mujer para mi hijo Isaac*”. Y éste juró. Y como sabes, entonces Eliezer se marchó con sus camellos por el desierto hacia el lejano país, orando para que el Señor le prosperara y le diera una señal. La señal le fue dada en el pozo. Rebeca respondió a Eliezer, y tras tardar un poco y ser confrontada con el desafío de manera muy clara, decidió ir con él. En el camino él le sacó de sus tesoros cosas de la casa de su amo, cosas del hijo de su amo y se las enseñó. De este modo la mantuvo ocupada todo el tiempo con el hijo de su amo, y estas cosas le mostraban la clase de hijo que era, y las posesiones que tenía, dándole una idea de aquello a lo que ella estaba introduciéndose. Esto sucedió durante su travesía del desierto hasta que alcanzaron el otro lado y llegaron al distrito de la casa del Padre. Isaac estaba fuera, en el campo meditando, y levantaron los ojos y vieron, y el siervo dijo: “¡Allí está! Aquel de quien te

he estado hablando todo el tiempo, aquel cuyas cosas te he enseñado. ¡Ahí está!" Y ella descendió del camello. ¿Crees que se sintió extraña aunque viniera de un país lejano? Creo que el efecto que tuvo lo que hizo Eliezer fue hacerla sentir en casa, hacerla sentir que conocía al hombre con quien iba a casarse. Ella no sintió ninguna extrañeza ni preocupación ni nada extraño en cuanto a esto. Podríamos decir que simplemente se unieron. Fue la consumación de un proceso.

"Como por el Espíritu del Señor". El Señor Jesús dijo. *"Cuando él venga... tomará de lo mío y os lo hará saber". "No hablará por su propia cuenta sino que hablará todo lo que oyere... Tomará de lo mío y os lo hará saber"* (Jn. 16:13,14). El Espíritu, el fiel siervo de la casa del Padre, ha venido atravesando el desierto para encontrar la esposa para el Hijo, de su tierra y de su parentela. Sí, es algo asombroso. *"Así que por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo"* (Heb. 2:14). *"Porque el que santifica y los que son santificados de uno son todos"* (Heb. 2:11). El Espíritu ha venido para conseguir ahora esta esposa, que sea uno con Él, hueso suyo y carne suya. Pero el Espíritu desea ocuparnos constantemente con el Señor Jesús, mostrándonos sus cosas. ¿Con qué propósito? Para que no seamos extraños cuando le veamos, para que en aquel día no sintamos que nosotros somos de un modo y Él de otro, sino que sea sencillamente: "Este es el último paso de otros muchos que han llevado a éste, y cada paso dado ha estado haciendo esta unidad más perfecta, esta armonía mas completa". Para que al final, sin ninguna gran crisis, simplemente entremos. Hemos estado todo el tiempo en esta dirección, y este es el último paso. Esto es ser conformado a su imagen, esto es crecimiento espiritual: ir conociendo al Señor y llegando a ser como Él, ir sintiéndonos con Él como en casa, para que no haya incompatibilidad, ni extrañeza, ni discordia, ni distancia. Ser uno con nuestro Señor Jesús, profundizando siempre hasta la consumación. ¡Esto es crecimiento espiritual! ¿Te das cuenta? Nuevamente se trata de algo interior, y no es más que el desarrollo de aquella iniciación, de aquel comienzo. Hemos visto y estamos viendo, y viendo y viendo, y al ver somos transformados.

¿Es esto verdad acerca de todo lo que crees ver? Hemos de probar todo lo que creemos ver y conocerlo mediante su efecto en nuestras vidas. Tú y yo podemos tener una enorme cantidad de lo que creemos ser conocimiento espiritual. Tenemos todas las doctrinas, todas las verdades, podemos enmarcar todas las doctrinas evangélicas, pero ¿cuál es el efecto de ello? Amados, si no somos transformados no estamos viendo en su verdadero sentido espiritual. Qué triste, pero esta es la tragedia de tantos que tienen todo esto, pero que son tan pequeños, tan débiles, tan desagradables, tan crueles, tan legalistas. Sí, ver es ser cambiados, y no es ver si no produce esto. Sería muchísimo mejor si fuéramos despojados de todo esto y fuéramos llevados al punto en que simplemente viéramos un poquito, pero que ese poquito nos hiciera distintos. Hemos de ser muy honestos con Dios sobre este punto. ¿No preferiríamos tener, aunque sólo fuera un poco de conocimiento, pero que fuera cien por cien efectivo, que poseer toda una montaña de conocimientos, el noventa por cien de la cual no sirviera de nada? Hemos de pedir al Señor que nos salve de avanzar más allá de la vida espiritual, quiero decir, avanzar en conocimiento, un cierto tipo de conocimiento, una pretensión de conocimiento. Ya sabes lo que quiero decir. Pablo nos dice que ver verdaderamente es ser cambiado, y ser cambiado es un asunto de ver como por el

Espíritu del Señor. De modo que para ver hemos de orar.

Algunos de nosotros conocíamos la Biblia, conocíamos el Nuevo Testamento, conocíamos Romanos, conocíamos Efesios, pensábamos que veíamos. Podíamos incluso dar conferencias sobre la Biblia y estas epístolas y las verdades que contienen, y de hecho lo hicimos durante años. Después un día vimos, y la gente vio que veíamos y decía ¿qué le ha ocurrido al predicador? No es que esté diciendo nada distinto de lo que ha dicho siempre, pero en cambio hay una diferencia. ¡Ha visto algo! Esto es.

VER RIGE EL MINISTERIO

Y por supuesto, esto nos conduce al siguiente punto, aunque será de manera breve. Lo que es cierto sobre el comienzo de la vida, y sobre el crecimiento, es también cierto en cuanto al ministerio. Por favor, no creas que me estoy refiriendo a alguna clase especial de personas llamadas “ministros”. El ministerio, como ya dijimos, es un asunto de utilidad espiritual. Cualquier ministerio que no sea de utilidad espiritual no es verdadero ministerio, y cualquiera que es espiritualmente útil es un ministro de Cristo. De modo que todos estamos en el ministerio, en el plan de Dios. Ahora bien, puesto que esto es así, todos somos afectados, todos somos gobernados por esta misma ley. Ser útiles espiritualmente es una cuestión de ver. Sabéis que la segunda epístola a los Corintios es la carta del Nuevo Testamento que trata mayormente el tema del ministerio. “Teniendo, pues, este ministerio” (4:1) - ¿y cuál es este ministerio? “*Dios ha resplandecido en nuestros corazones*” (4:6). Sabemos que en esta parte de la epístola Pablo tiene como fondo de su argumento a Moisés, el ministro de Dios. Esta es la designación por la que conocemos a Moisés como siervo de Dios. Pablo habla de Moisés cumpliendo con su ministerio, su servicio, leyendo la ley y teniendo que ponerse un velo sobre su cara, ya que por razón de la gloria la gente no podía mirarle. Y aquella era una gloria pasajera.

En este punto Pablo nos dice que en el ministerio que nos ha sido encomendado, Dios ha resplandecido en nuestro interior y no tenemos necesidad de ningún velo. En Cristo, el velo ha sido quitado, y lo que debe verse es Cristo en nosotros, y Cristo ha de ser ministrado a través nuestro, puesto que somos los instrumentos para hacer visible a Cristo. Esto es utilidad espiritual, esto es ministerio: hacer a Cristo visible, y “*Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros*” (4:7). “*Que estamos...*” y sigue toda una lista de cosas que nos rebajan. Pero en realidad está diciendo: ¡Esto es Cristo! Si se nos rebaja, si somos perseguidos, menospreciados, derribados, siempre llevando por todas partes la muerte del Señor Jesús, esto es tan sólo la manera en que Dios hace visible a Cristo.

Si somos menospreciados y perseguidos y derribados, y la gracia del Señor Jesús es suficiente, y ves que el Señor Jesús exhibe su gracia en esta prueba, en este sufrimiento, entonces dices: ¡Este es un Cristo maravilloso! Ves a Cristo, y a través de nuestros sufrimientos, Cristo es ministrado. Esto es utilidad espiritual. ¿Quién es el que más te ha ayudado? Yo puedo decirte quien me ha ayudado más a mí. No ha sido nadie desde el púlpito. Fue alguien que atravesó un intenso y terrible sufrimiento durante muchos años, y para quién la gracia de Dios fue suficiente. Yo podía decir: “Si puedo atravesar el sufrimiento de este modo, entonces el cristianismo que vivo vale la pena,

mi Cristo vale la pena”. Aquello fue lo que más me ayudó, aquello es lo que quiero ver. No me prediques; vive, y así es como más me ayudas. Nos es ciertamente de gran inspiración, o debería serlo, el ver que es en nuestra prueba y adversidad donde otros pueden ver al Señor y ser más ayudados. La manera en que atravesamos la prueba es lo que va a ayudar a los demás mejor que todo cuanto podamos decirles. ¡Que el Señor nos guarde cuando decimos algo así, porque conocemos nuestra fragilidad. Sabemos cómo le fallamos cuando estamos bajo prueba. Pero esto es lo que Pablo está diciéndonos aquí en cuanto al ministerio. *“Tenemos este tesoro en vasos de (frágil) barro... Estamos atribulados, en apuros, perseguidos, derribados, llevando siempre por todas partes la muerte de Jesús”*. Pero para Pablo, el fin de todas estas cosas era: *“...Glorificaron a Dios en mí”* (Gal. 1:24). ¿Qué quieres además de esto? Esto es ministerio...

Pero es el ver. Para que tú y yo seamos útiles espiritualmente hemos de proveer con nuestra vida el terreno propicio para que los demás vean. Quiero decirlo de este modo. Puede ser que veamos y que transmitamos lo que vemos, podemos ser epístolas vivas, y puede ser, aun así, que los demás no vean. Pero se ha creado el terreno para que puedan ver, y si tienen un corazón honesto y sin prejuicios, abierto de verdad al Señor, Él les concederá que vean lo que el Señor nos ha revelado a nosotros y lo que revela a través de nosotros. Él ha de tener epístolas vivas. Hombres y mujeres en quienes Él pueda ser leído. Esto es el ministerio.

Por tanto, se trate de impartir ministerio o de recibirlo, el asunto esencial es siempre esta obra divina de gracia por la cual los ojos son abiertos. Todo ello constituye un gran llamamiento para que de todo corazón busquemos al Señor para que Él abra nuestros ojos. No importa lo ciegos que hayamos podido ser, ni el tiempo que hayamos pasado en esta condición, nunca es demasiado tarde para recibir visión si en verdad vamos en serio con Dios. Pero no olvides que es un asunto de ser honestos con Dios. El Señor Jesús le dijo algo maravilloso a Natanael. Natanael estaba peligrosamente cerca de esta doble ceguera. En el momento en que estaba dando lugar a un prejuicio popular, se encontraba muy cercano a la zona de peligro. El dijo: *“¿Puede salir algo bueno de Nazaret?”* Esto es un prejuicio popular. Un prejuicio popular ha robado a muchos hombres y mujeres la posibilidad de conocer más profundamente los pensamientos de Dios. Los prejuicios pueden tomar muchas formas. Tengamos cuidado. Pero Natanael fue salvo. Jesús le dijo: *“De aquí en adelante verás el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre”* (Jn. 1:51). *“De aquí en adelante...”* Por supuesto se refería al día del Espíritu. Natanael vería “como por el Espíritu del Señor”. Estaba en peligro pero escapó. Si estás en peligro por tus prejuicios, ten cuidado. Abandona tus prejuicios, ten un corazón abierto. Sé un israelita en quien no hay Jacob, en quien no hay engaño, abierto de corazón al Señor, y verás.

Capítulo 3

VIENDO AL SEÑOR

Y VIÉNDONOS A NOSOTROS MISMOS

“¹Entonces todo el pueblo de Judá tomó a Uzías, el cual tenía dieciséis años de edad, y lo pusieron por rey en lugar de Amasías su padre. ²Uzías edificó a Elot, y la restituyó a Judá después que el rey Amasías durmió con sus padres. ³De dieciséis años era Uzías cuando comenzó a reinar, y cincuenta y dos años reinó en Jerusalén. El nombre de su madre fue Jecolías, de Jerusalén. ⁴E hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho Amasías su padre. ⁵Y persistió en buscar a Dios en los días de Zacarías, entendido en visiones de Dios; y en estos días en que buscó a Jehová, él le prosperó. ¹⁶Mas cuando ya era fuerte su corazón se enaltecio para su ruina; porque se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar incienso en el altar del incienso. ¹⁷Y entró tras él el sacerdote Azarías, y con él ochenta sacerdotes de Jehová, varones valientes. ¹⁸Y se pusieron contra el rey Uzías, y le dijeron: No te corresponde a ti, oh Uzías, el quemar incienso a Jehová, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que son consagrados para quemarlo. Sal del santuario, porque has prevaricado, y no te será para gloria delante de Jehová Dios. ¹⁹Entonces Uzías, teniendo en la mano un incensario para ofrecer incienso, se llenó de ira; y en su ira contra los sacerdotes, la lepra le brotó en la frente, delante de los sacerdotes en la casa de Jehová, junto al altar del incienso. ²⁰Y le miró el sumo sacerdote Azarías, y todos los sacerdotes, y he aquí la lepra estaba en su frente; y le hicieron salir apresuradamente de aquel lugar; y él también se dio prisa a salir, porque Jehová lo había herido. ²¹Así el rey Uzías fue leproso hasta el día de su muerte, y habitó leproso en una casa apartada, por lo cual fue excluido de la casa de Jehová; y Jotam su hijo tuvo cargo de la casa real, gobernando al pueblo de la tierra. ²³Y durmió Uzías con sus padres, y lo sepultaron con sus padres en el campo de los sepulcros reales; porque dijeron: Leproso es. Y reinó Jotam su hijo en lugar suyo” (2 Crónicas 26:1-5, 16-21, 23).

“¹En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. ²Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. ³Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. ⁴Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. ⁵Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos. ⁶Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; ⁷y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado. ⁸Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí. ⁹Y dijo: Anda, y di a este

pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. ¹⁰Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad” (Is. 6:1-10).

Esta es una historia impresionante y sorprendente, y gira alrededor del tema que tenemos delante, es decir, el tema de la visión espiritual. “Vi al Señor”; “mis ojos han visto...” y todo gira alrededor de esto.

Lo que surge de todo el incidente es esto, que el rey Uzías era en lo moral y espiritual una representación de Israel y, en gran medida, de los profetas de Israel. Esta es la significación de la doble declaración del profeta Isaías: “Soy un hombre inmundo de labios, y soy vuestro profeta; y habito en medio de un pueblo de labios inmundos”. Y esto, como se ve claramente, se relaciona con Uzías; porque como sabéis, los leprosos tenían que ponerse un velo sobre el labio superior y gritar por donde fueran: “¡Inmundo!” Las palabras: “Soy un hombre de labios inmundos y vivo en medio de un pueblo de labios inmundos” significan sencillamente que todos somos leprosos. Lo que de hecho está diciendo Isaías es: Lo que es cierto en cuanto a Uzías, es cierto en cuanto a todos nosotros: profeta y pueblo. Vosotros no os dais cuenta, ni yo tampoco me daba hasta que vi al Señor. Todos estábamos profunda y terriblemente impresionados con lo que ocurrió en el caso de Uzías. Hemos vivido en una atmósfera cargada con el horror de lo ocurrido; hemos estado hablando en susurros sobre ello, diciendo lo terrible que era, lo malo que era lo que hizo Uzías, y qué horroroso el que nuestro rey resultara ser así, y que tuviera un final como éste; qué cosa tan horrible es la lepra. Hemos estado diciendo cosas duras sobre Uzías y pensando mucho sobre lo doloroso de su caso, pero yo he llegado a ver que todos estamos en su mismo caso. Yo que os he estado predicando a vosotros (no olvidéis que el sexto capítulo de Isaías ha estado precedido por otros cinco capítulos de profecía), he llegado a ver que yo no soy mejor que Uzías. Y vosotros, con todos vuestros ritos y ceremonias; yendo al templo; ofreciendo los sacrificios; usando vuestros labios en adoración; estáis en el mismo caso de Uzías, todos somos leprosos. Quizás no os dais cuenta, pero yo he llegado a ver. Y ¿cómo he llegado a ver? ¡He visto al Señor! *“Mis ojos han visto al Rey, Jehová de los ejércitos”. “Vi al Señor... Alto y Sublime”*. Todo esto es impresionante cuando lo piensas. ¿Qué vamos a hacer con ello? Quizás haríamos bien en dejarlo todo a un lado y considerar todo esto durante un rato, simplemente darle vueltas.

Desechemos algo de inmediato. Me refiero a una idea popular que de algún modo ha brotado y que se ha apoderado de algunos de nosotros, la idea de que fue esta visión lo que hizo de Isaías un profeta o predicador. Seguro que hemos oído esto, puede que incluso lo hayamos dicho. ¡Oh no! ¿Por qué si el libro de Isaías es inspirado y dirigido por Dios, la visión ha de acontecer cuando ya ha profetizado tanto? Mira estos cinco capítulos de profecías. Qué cosas tan tremendas hay en esos capítulos. No, no fue eso lo que le convirtió en profeta o predicador. Dios estaba tratando con un hombre, no con un profeta. Dios estaba tratando con un pueblo, no con un oficio. Está llegando al fondo de lo que somos ante Él. De modo que no podemos transferirlo a un tipo de persona llamados profetas o predicadores, y sentir que algunos de nosotros no estamos involucrados porque no formamos parte de este colectivo. Somos simples creyentes de a pie que no aspiramos a ser profetas ni predicadores. No es esto. El

Señor esta aquí apuntando al pueblo, quiere dejarles claro cómo les ve en sí mismos, aunque hayan incluso predicado mucho; lo que son ante Él, en sí mismos. Tarde o temprano esta realidad ha de alumbrarnos para salvaguardarlo todo y para asegurar sus propósitos.

LO QUE BUSCA DIOS

¿Qué está buscando Dios? Si puedes ver, si tienes los ojos abiertos para ver lo que Dios se propone, entonces entenderás también su método y el por qué emplea tal método. El capítulo 5 deja claro lo que Dios está buscando. Está buscando un pueblo que satisfaga su propio corazón. Se le llama un remanente. Se le llama así sencillamente porque tal pueblo no será más que un remanente. Él sabe muy bien que la totalidad del pueblo no se conformará a su propósito. Él ha visto de antemano la historia de este pueblo hasta el tiempo de la venida de Su Hijo, y lo que este mismo pueblo le va a hacer a Su Hijo. Él conoce sus corazones. Esta es la razón por la que le dice a Isaías las cosas terribles que va a hacer: engrosar el corazón de este pueblo, cerrar sus ojos y oídos. Él sabe.

Sin embargo, habrá algunos que responderán. No serán más que un remanente, y este remanente se menciona concretamente al final del capítulo 6 en estas palabras: *“Y si quedare aún en ella la décima parte, esta volverá a ser destruida; pero como el roble y la encina, que al ser cortados aún queda el tronco, así será el tronco, la simiente santa”*.

En el tronco que ha sido cortado (y nota que lo que precede es la tala del árbol), Israel será cortado por las naciones a quienes Dios va a llamar, usándolos como sus instrumentos de juicio, para cortar a Israel, y cortarán al árbol de Israel. Pero el tronco permanecerá, y en el tronco habrá una décima parte, habrá un remanente, una simiente santa cuando Dios haya ya acabado de tratar con todo el árbol. Dios está buscando un grupo, un grupo de entre la compañía general de su pueblo, que satisfaga su corazón. Y para conseguir este remanente, Dios toma a Isaías y trata con él de esta forma, y le da esta visión.

Amados, para que Dios consiga su propósito, hemos de estar por completo desilusionados en cuanto a nosotros mismos y ver con claridad lo que somos en nosotros mismos delante de Dios. ¡Terrible revelación! Todo lo que sea una sospecha o sugerencia de auto-satisfacción, auto-complacencia, de haber conseguido algo o de estar satisfechos con nuestra condición presente, nos descalificará para formar parte del remanente o de ser de alguna manera instrumentos en el plan y propósito de Dios.

De modo que una vez este hombre (Isaías) se puso en camino para hablar de la magnitud de los juicios soberanos de Dios en los cinco primeros capítulos, de repente parece como si Dios le detiene. Tiene lugar una crisis en su propia vida y ministerio. Dios le conduce para que vea en profundidad lo que él mismo es y lo que es el pueblo delante de Él. Él y todos los que habían juzgado y condenado y comentado con aliento contenido lo que le había ocurrido a Uzías, son llevados a darse cuenta de que ellos mismos son exactamente igual; no había diferencia. A la vista de Dios todos estaban con el velo sobre el labio superior, en la necesidad de gritar: “¡Inmundo, inmundo!”.

LA LEPROA DE LA VIDA DEL “YO”

Pero ¿qué era esa lepra ? Contestamos enseguida, el pecado por supuesto. Sí, el pecado. Pero, ¿de qué se trata exactamente? Demos una mirada a Uzías y veamos lo que significó su lepra, veamos lo que la lepra representó en el caso de Uzías. *“Hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho Amasías, su padre”*, y mientras anduvo en los caminos del Señor, el Señor le prosperó. Vemos que Uzías era un hombre bendecido por el Señor, andando en la luz del Señor y experimentando Su favor, y al mismo tiempo, vemos ese algo, profundamente arraigado en el corazón de cada hombre, siempre dispuesto a levantarse y a convertir las mismas bendiciones de Dios en algo que se atribuye a sí mismo, para hacerse un nombre, para ganar una posición de preferencia, para atraer sobre sí mismo grandeza, gloria, poder e influencia y satisfacción, para darle reputación y posición. Se trata de esto.

¿Qué es lepra? ¿Qué es esto que Dios abomina? Es esta vida del yo que está en todos nosotros, que está siempre procurando que, incluso las cosas de Dios, le sean de ganancia y ventaja personal. El Señor bendice, y nosotros llegamos a creernos alguien en lo secreto de nuestro corazón porque el Señor ha bendecido. Nos olvidamos de que las bendiciones de Dios han llegado a nosotros por Su gracia y misericordia, y secretamente empezamos a pensar que tiene que haber algo en nosotros que tenga mérito en ello. Es nuestra habilidad o inteligencia, algo en nosotros mismos. Comenzamos a hablar de nuestra bendición, nuestros éxitos. Se trata de ese algo allá en lo profundo, el germen de la lepra en todos nosotros, la vida del yo en sus múltiples formas que produce orgullo, incluso orgullo espiritual, y nos hace, como a Uzías, interferir en las cosas santas con nuestra propia energía, fuerza, auto-afirmación y autosuficiencia. Sí, la lepra, no importa cómo se exprese, es la raíz del yo.

En ello –y es otra rama de elementos para la que no tenemos tiempo ahora– yace el peligro de la bendición y la prosperidad. ¡Cuán necesario nos es el ser crucificados en medio de nuestra prosperidad! ¡Cuán necesario es que Dios salvaguarde su bendición de nosotros mostrándonos continuamente quiénes somos en realidad, mostrándonos que todo es por gracia, y que si Él ha concedido algún tipo de bendición, algún tipo de éxito, algún tipo de prosperidad no es porque en nosotros haya algo a Su vista, no importa lo que piensen los hombres. Seamos lo que seamos entre los hombres, a la vista de Dios no somos más que leprosos, y lo que importa no es cómo aparezcamos ante los hombres, sino cómo aparezcamos ante Dios. Podemos llegar a altas posiciones de eminencia en este mundo, pero lo que realmente importa es si ante Dios llegamos a tales posiciones. Es posible que lo que acabamos de decir no se aplique a la mayoría de nosotros, porque no seamos demasiado conscientes de haber sido bendecidos y prosperados ni de que tengamos demasiado de qué jactarnos. La mayoría de nosotros experimentamos más bien lo contrario, una buena medida de humillación y vaciamiento. Sin embargo, lleguemos al corazón del asunto. Incluso allí en lo más profundo existe una ansia que es del yo, existe una rebeldía que es la rebeldía de la vida del yo.

Uzías es sacado a la luz en este punto para mostrar que esto es ese algo en la vida del profeta y del pueblo que hace imposible que Dios consiga su propósito. Ha de ser expuesto, tratado. No puede pasarse por alto, ha de ser sacado a la luz, y hemos de verlo.

EL LOGRO DEL OBJETIVO DE DIOS:

EL FRUTO DE VER AL SEÑOR

De modo que paso enseguida y directamente a este punto: que Dios ha de lograr el propósito sobre el que su corazón se ha establecido, es decir, un pueblo, aunque sea sólo una décima parte, un remanente, ha de conseguir un pueblo que responda al deseo de su propio corazón y le satisfaga en el completo propósito de su voluntad. Para que Él pueda conseguir esto ha de haber un ver, y una objeto a ser visto, lo cual hará el resto: el objeto a ser visto es el Señor. Ver al Señor, como queda tan claro en este pasaje, es ver santidad, y cuando vemos santidad vemos lepra allí donde nunca hubiéramos esperado, tanto en nosotros como en otros. Cuando hemos visto al Señor, vemos el verdadero estado de cosas tanto en nosotros como en aquellos a nuestro alrededor, incluso del pueblo de Dios. Ver al Señor es la gran necesidad para que podamos encaminarnos al objetivo hacia el que Él se dirige.

“Vi al Señor”; “mis ojos han visto”. ¿Cuál es el resultado? Es una revelación a nosotros mismos de lo que somos, y es una revelación también del estado espiritual a nuestro alrededor. Cuando hemos visto al Señor clamamos: “¡Soy muerto!” Si miraras el significado de esta expresión “soy muerto”, verás que significa sencillamente: “Soy digno de muerte”. Este es el significado de la palabra hebrea en este texto: digno de muerte, ¡Soy digno de muerte! Tú y yo veremos nuestra necesidad de estar unidos a Cristo en su muerte si nuestros ojos están abiertos para ver al Señor, para ver que no hay otra alternativa, es el único camino.

Esto no son simplemente palabras e ideas. Lo que quiero que veamos es esto: que la obra del Espíritu de Dios en nosotros, por la que nuestros ojos son abiertos para ver al Señor, dará como resultado que sintamos que lo único, lo mejor que podemos hacer es morir, llegar a un fin. ¿Has llegado ahí? Por supuesto Satanás jugará en este terreno, como ciertamente lo ha hecho con mucha gente, tratando de llevarles a que acaben con todo, tratando de conducir algo que el Espíritu de Dios está haciendo hacia sus propios intereses para convertirlo en algo trágico. Mantengámonos en el reino espiritual y reconozcamos que el Señor obrará en nosotros para Su propia gloria y para posibilidades gloriosas, llevándonos a ese lugar en que sintamos profunda y terriblemente que lo mejor para nosotros es morir. Entonces nos habrá puesto de acuerdo con sus propios pensamientos sobre nosotros. ¡Soy muerto! El Señor hubiera podido decirle perfectamente: “Así es, yo lo he sabido todo este tiempo. Me ha sido difícil hacértelo saber. Eres digno de muerte”. Cuando llegas a tal lugar, has llegado al sitio desde donde puedes empezar. Sin embargo, mientras estemos interfiriendo constantemente, ocupando el lugar, como Uzías, yendo al templo, al santuario, ocupados, activos en nosotros mismos, en lo que somos, mientras estamos llenando el templo, el Señor no puede hacer nada. Él nos dice: “Mira, has de salir de ahí, y has de venir a este lugar en que, por propia voluntad, te des prisa en salir porque te das cuenta de que eres un leproso”. Esto es lo que se dice de Uzías. “Y él también se dio prisa en salir”. Al final se da cuenta de que este no es lugar para él. Cuando el Señor nos ha llevado a tal lugar –¡Soy muerto!, este no es lugar para mí–, entonces Él podrá empezar en el lado positivo. Tiene el camino abierto. Este ver es algo terrible, y sin embargo es algo sumamente necesario, y en su resultado final es algo muy glorioso.

Entonces llegó la comisión. Hay mucho más que decir sobre ello, pero hemos de continuar.

LA RAZÓN PARA LA NECESARIA EXPERIENCIA

Sólo quiero añadir esto. ¿Te das cuenta de cuán necesario era que a Isaías le ocurriera algo así? ¿Qué iba a hacer? ¿Iba a predicar un gran avivamiento? ¿Iba a salir para decir a la gente: “todo está bien, el Señor va a hacer grandes cosas: ánimo, va a despuntar un gran día?” ¡No! Su comisión era: “*¡Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos!*” Este no es un trabajo demasiado agradable que digamos. ¿Hacia dónde nos lleva esto? El Señor conocía el estado del corazón del pueblo. Él sabía perfectamente que en realidad no tenían ningún deseo de ver. Si de verdad quisieran ver tendrían actitudes completamente diferentes. Estarían libres de prejuicios, de sospechas, de criticismo. Estarían alargando las manos e investigando. Mostrarían los signos de su hambre, de sus anhelos. Estarían investigando y no se desanimarían fácilmente por los juicios y críticas de otros pueblos. Sin embargo, Él sabía que dijeran lo que dijeran, en su corazón no querían ver, en realidad no querían oír. Este profeta diría más adelante: “*¿Quién ha creído a nuestro anuncio?*” (Is. 53:1).

El Señor lo sabía, y el juicio siempre viene en consonancia con lo que hay en el corazón de un pueblo. Si no quieres, vas a perder la capacidad de querer. Si no quieres ver, perderás la capacidad de ver. Si no quieres oír perderás la capacidad de oír. El juicio no es mecánico; es orgánico. Viene en consonancia con tu vida. Siembras una semilla de inclinación o de no inclinación, y recogerás una cosecha de capacidad o incapacidad, y uno de los efectos de un ministerio de revelación es el de sacar a la luz la inclinación o la no inclinación de la gente para su propio juicio, y vas a descubrir que un ministerio de revelación y de vida sólo endurece más a algunas personas. El Señor lo sabe.

Seguir adelante con un ministerio así no es algo muy confortable. Para ello has de ser un hombre crucificado. Has de estar libre de todo interés personal en ello. Si deseas reputación, popularidad, éxito, seguidores, entonces es mejor no ir por este camino, mejor no ver demasiado, mejor no ver las cosas en profundidad. Mejor que te pongas anteojeras y que seas un incorregible optimista. Si estás transitando el camino de los propósitos de Dios, de un pueblo que verdaderamente responde a sus objetivos, será un camino abierto entre la masa que no quiere tal camino, y que te hará saber que no lo quiere, y habrás de andar un camino solitario. Puede que piensen que tienen razones válidas, pero el hecho es que no tienen el hambre y la desesperación suficiente como para investigar e inquirir por sí mismos. Son desviados fácilmente por el más ligero criticismo sobre ti, o sobre tu posición o tu ministerio y habrás de seguir adelante con unos pocos, el puñado que siguen adelante. Es el precio de la visión, el precio de ver. Isaías había de ser un hombre crucificado para llevar a cabo un ministerio así. Para que tú y yo ocupemos una posición con Dios, hemos de ser crucificados a eso que había en Uzías, estas ansias de ocupar una posición. No satisfecho con tener realeza, él había de tener también sacerdocio. Incluso más que esto, no satisfecho con la bendición de Dios, ha de tener el mismo lugar de Dios. ¡Qué contraste hay en esto! Por un lado tenemos al rey Uzías, por el otro “Mis ojos han visto al Rey.”

¿Puedes tú seguir esto? Es muy penetrante, es tremendo, pero, oh amados, es el camino del verdadero deseo y propósito del Señor. Es un camino solitario y costoso, y el efecto es realmente sacar a la luz lo que Dios ve en el corazón de su pueblo. Para poder hacer esto, habremos de estar dispuestos a sufrir por nuestra revelación, por nuestra visión, por ver, habremos de pagar un alto precio. Para poder hacer esto habremos de estar bien crucificados, llegar al lugar en que digamos: “¡Soy muerto, merezco morir; no puedo hacer otra cosa que salir!” El Señor dice: “Correcto, esto es lo que quiero, que salgas; ¡Quería que Uzías saliera para poder así llenar el templo!” Uzías es el yo; es el hombre tal y como es, y Dios no ocupa Su casa juntamente con el hombre; Él ha de llenarla.

Capítulo 4

EL HOMBRE QUE RECIBE VISTA ESPIRITUAL

Lectura: Hechos 8:26-40).

En este incidente, sencillo pero instructivo encontramos tres partes. Tenemos al etíope, al Espíritu Santo y al instrumento humano, Felipe. El incidente cae dentro del radio de nuestra presente meditación en estas conferencias sobre vista espiritual.

EL ETÍOPE

A) UN BUSCADOR QUE SE CONFIESA CIEGO

Cuando miramos a este etíope, vemos de inmediato a un buscador ciego. Aunque religioso, aunque moviéndose en el círculo de la tradición religiosa con solera y bien establecida, aun habiendo estado en Jerusalén, en el templo, su mismo centro, está todavía ciego, es un buscador ciego. Esto está muy claro por las preguntas que le plantea a Felipe sobre las Escrituras. “¿Cómo podré si alguno no me enseña?” “¿De quién dice esto el profeta de sí mismo o de algún otro?” Es manifiestamente un hombre que está en la oscuridad, un hombre sin vista espiritual, los ojos de su corazón no han sido iluminados, pero lo esperanzador sobre él es que se confiesa ciego.

B) UN BUSCADOR HUMILDE

Era un hombre muy importante en este mundo, un hombre de considerable responsabilidad, influencia y posición, y dada su posición hubiera podido evadir un poco el asunto. Cuando fue desafiado acerca de lo que estaba leyendo, hubiera podido evadir lo agudo de la pregunta y hubiera podido dar alguna forma de respuesta evasiva e intrascendente. Ya sabéis cómo actúa la gente que no quiere ser tenida por ignorante, especialmente si son personas consideradas de cierto nivel y que tienen una posición que mantener. Este hombre, con todo lo que era entre los hombres, reconocía que era ciego. Responde la pregunta sin ninguna reserva ni evasiva, lo hace de manera directa, franca y honesta. “¿Que si entiendo lo que leo? ¿Cómo entenderé si alguien no me enseña?” Entonces, en su franqueza va más allá, y pide información, explicaciones, iluminación. “¿De quién habla el profeta?”

Esto es muy sencillo, ya lo sé, pero es fundamental. Es fundamental para cualquier tipo de entendimiento espiritual. Es básico para todo conocimiento espiritual. Gobierna todo grado de progreso en las cosas espirituales. La humildad de este gran hombre es la clave en toda esta historia. El no quiere dar la impresión de que sabe lo que no sabe para que el otro no piense que entiende lo que no entiende. Comienza en el sitio donde en verdad y realmente se encuentra. El sabía en su corazón que no entendía aquello y no quería dar otra impresión, sino que se supiera que estaba exactamente donde estaba, y esto era lo que dio al Señor un camino completamente abierto. ¿No podría ser precisamente esta actitud la que Dios había visto desde tiempo atrás y la base de su actuación? Dios sabía que tenía un hombre perfectamente honesto y humilde en la oscuridad y buscando luz, y podía moverse soberanamente de

manera maravillosa sobre considerable distancia y dando pasos trascendentales. Porque aquellos fueron pasos trascendentales dados por el Señor para encontrarse con aquella vida. Fíjate en lo que tal estado de corazón hace posible por parte de Dios, hasta qué puntos puede el Señor obrar cuando encuentra un corazón así. Era un ciego buscando luz, pero se confesaba ciego, de modo que no tardó mucho en ser un buscador iluminado. El Señor no dejó en la oscuridad a un hombre así; le dio la luz que buscaba.

Y ¿no podríamos decir que el Señor le dio mucho más de lo que estaba buscando? No creo que fuera añadir nada a la narración si dijéramos que, cuando el etíope se marchó regocijándose, sintió que había conseguido mucho más de lo que pensaba conseguir. Siempre es así. Cuando el Señor hace algo, lo hace a conciencia. Como decía Spurgeon: “¡Mi copa está rebosando, y mi plato también!” Cuando el Señor hace algo, lo hace bien. El hombre siguió su camino con su copa rebosando, un buscador iluminado. Había llegado a ver lo que todos los líderes religiosos de su tiempo no estaban viendo, y eran incapaces de mostrarle.

C) UN BUSCADOR QUE SE TOMÓ A DIOS EN SERIO

Sin embargo, la iluminación que experimentó trajo consigo un nuevo desafío, como siempre ocurre. Cada nueva medida de luz procedente del Señor trae consigo un desafío nuevo, un desafío hacia algún acto de obediencia práctica. Notemos un detalle de lo más interesante y provechoso de toda la narración. Isaías 53 (el pasaje que estaba leyendo el etíope) trajo a Cristo a la luz, y a partir de este texto, Felipe le predicó a Jesús, y la siguiente cosa en que se nos hace pensar es: *“Aquí hay agua; ¿qué impide que sea bautizado?”* Aquí has de poner algo de relleno para entender cómo esto surge a partir de Isaías 53. Te dejo a ti con esto. No lo pongas a un lado, reflexiona sobre ello. Lo único que voy a decir es que la revelación que experimentó ese hombre, la iluminación de sus ojos, trajo consigo un desafío a la obediencia, y este buscador iluminado no fue “rebelde a la visión celestial,” sino que fue rápido en aceptar el desafío, rápido en correr por el camino de sus mandamientos, obediente sin titubeos a la luz que había recibido. En cuanto a lo que ocurrió aquí concretamente, todo es muy simple, sin embargo esto es la esencia de las cosas. Vemos a un hombre pasar de las tinieblas a la luz; vemos a un hombre pasar de la búsqueda a un arrebatador conocimiento en su corazón; vemos a un hombre que anda a tientas transformado en alguien con un claro entendimiento; un hombre frustrado de corazón transformado en uno que sigue su camino regocijándose. Las dos cosas de él que hacen esto posible son: una absoluta humildad, en cuanto que no le preocupa en absoluto que se vea su ignorancia y no finge saber más de lo que sabe, y su rápida obediencia cuando recibe la luz. Acerca de este hombre hemos de decir: “Aquí tenemos un corazón honesto”. Y así es como trata Dios con la gente honesta: reciben luz y gozo.

Antes de acabar con él, digamos con claridad que es un hombre que va en serio. Me gusta este hombre en su consecuente diligencia entre saber y hacer. Esta en la buena dirección. El efecto debilitante del clima etíope no le robó su energía espiritual. Se levantó por encima de todo esto, se tomó a Dios en serio. En él no encontramos ninguna componenda, ninguna excusa ni nada parecido. Simplemente estaba decidido a saber lo que podía saberse y a hacer lo que pudiera hacerse al ser iluminado.

Al hombre que está resuelto a conocer y actuar de este modo, Dios se mostrará de la misma forma. Dios es con nosotros lo que nosotros somos con Él; Dios no va a ser

deudor de ningún hombre. Si tú y yo tomamos a Dios realmente en serio y nos movemos decididamente hacia todo lo que Dios tiene para nosotros, hacia todo lo que Él quiere que poseamos y que conozcamos. Si seguimos adelante sin darnos aires, sino manteniéndonos en el nivel de lo que genuinamente somos, en toda humildad, y estamos decididos a hacer por su gracia todo cuanto el Señor nos muestre, sin vacilaciones, vamos a experimentar que a largo plazo Dios no va ser deudor nuestro, sino que nos va a honrar hasta lo sumo. Al relato de este episodio se le ha dado un registro inmortal. Aparece entre los hechos del Espíritu Santo, y cuando te planteas la pregunta: “¿Por qué se incluye a este hombre en el registro sagrado y su historia se pasa de edad en edad para que dure tanto como el tiempo?” La respuesta es sencillamente lo que ya hemos dicho: porque era un hombre que tomaba en serio a Dios, estaba abierto al Señor, era honesto de corazón, humilde de espíritu y obediente a la luz que tenía.

EL ESPÍRITU SANTO

A) EL TERRENO QUE REQUIERE

La segunda parte implicada en el relato es el Espíritu Santo, y tan sólo es necesario hacer un breve comentario. En realidad Él es, por supuesto, la primera parte en todo el asunto, pero lo menciono aquí en segundo lugar porque es de más ayuda examinar el incidente en este orden. El Espíritu Santo tomaba nota de este hombre, y siempre toma nota de hombres así. Hay un sentido en el que un etíope ha de preceder al Espíritu Santo. ¿Entiendes lo que quiero decir con esto? Antes de que el Espíritu Santo pueda hacer su obra, ha de tener algo sobre lo cual obrar que cumpla sus requisitos, y el Espíritu Santo era conocedor de este hombre, de su búsqueda y de su corazón, y el Espíritu Santo siempre toma nota de estas personas y sabe dónde están localizadas.

B) ¿CÓMO SE LE OBSTACULIZA?

Tras una pregunta como ésta hay una gran historia. Si simplemente supiéramos la respuesta, muchos de nuestros problemas se resolverían. Tenemos la gran pregunta siempre confrontándonos: ¿Por qué algunos saltan a la luz y siguen adelante en ella, y otros en cambio siempre se quedan atrás y nunca parece que vieran nada más? ¿Es que hay una selectividad de parte de Dios, una especie de elegidos dentro de los elegidos? ¿Es que Dios tiene favoritos? Creo que no. Creo que una gran parte de la respuesta yace aquí, a saber: Dios ha de tratar con lo que encuentra en las personas, ya sean personas que vayan en serio o no, sea que Él encuentre un camino sin obstáculos o no, sea que el terreno esté ocupado por algún obstáculo o que aún no lo esté. Yo no creo que nadie deje de obtener toda la luz que Dios quiere que tengamos si de verdad va en serio con Dios. El Espíritu Santo nos conoce. Él mira directamente a la profundidad de nuestro corazón y sabe si vamos en serio o no. Él ve claramente lo que es un obstáculo y hasta dónde puede llegar. El Señor no va a forzar a nadie. Si estamos centrados en nosotros mismos, ocupados con nosotros mismos, dando vueltas alrededor de nuestros intereses, entonces el Espíritu Santo no tiene ninguna opción. Hemos de llegar al fin de nosotros mismos. Este es el problema con muchos. Tienen una obsesión consigo mismos, y siempre están dando vueltas en círculos, llegando cada vez de nuevo al mismo punto en que empezaron, siempre alrededor de sí mismos, agotándose a sí mismos. No falta mucho para que tengan un tremendo encontronazo en que colisionará todo aquello que se supone son sus valores y que

están representando para el Señor, y todo caerá junto con ellos. El Espíritu Santo no tiene un camino libre. Si queremos movemos en el camino recto e ir hacia adelante, hemos de quitarnos de en medio en lo que se refiere a esta ocupación con nosotros mismos. Él sabe exactamente dónde estamos, ya sea que estemos atados con cosas, asuntos religiosos, tradiciones, etc. Podemos estar tan atados a ellas como para ni siquiera plantearnos la posibilidad de recibir más luz de parte del Señor. Ya lo tenemos todo, nuestro círculo en que nos movemos lo tiene todo ¡y yo soy parte de ello! Ya sabes lo que quiero decir. El Espíritu Santo no puede hacer gran cosa con personas que están en una posición así y lo sabe. Su actitud es: “No sirve de nada, no puedo hacer gran cosa allí, están demasiado atados”. Sin embargo si estamos dispuestos a todo, entonces el Señor puede seguir adelante y aclarar el camino.

El Espíritu Santo te conoce a ti y a mí. Nos conoce mucho mejor que nosotros mismos. Quizás pensábamos que íbamos en serio y hayamos estado orando durante largo tiempo, clamando a Dios para que hiciera algo, mientras el Espíritu Santo sabe muy bien que aún no hemos llegado al final de nosotros mismos y de nuestros propios intereses. Antes de que pueda hacer lo que quiere con nosotros habrá de seguir obrando para llevarnos a desesperar de nosotros mismos. Pero Él sabe dónde está el punto; sabía que con este hombre no necesitaba hacer mucho para poder empezar con él, con claras perspectivas de un camino libre para poder obrar. Aprovechó la oportunidad presentada y pudo actuar soberanamente, y lo hizo para satisfacer su necesidad.

EL INSTRUMENTO HUMANO

La tercera de las partes es el instrumento humano, Felipe, el medio por el cual, por un lado se abren los ojos del buscador ciego, y por el otro el Espíritu Santo puede llevar a cabo su trabajo. Todos queremos estar en la posición en la que a través nuestro, si Dios así lo quiere, hombres y mujeres verdaderamente honestos y serios puedan encontrar lo que están buscando, y por otra parte, en la que el Espíritu Santo pueda encontrar en nosotros un vaso para usar donde Él vea tal necesidad. Seguramente no hay nada que pudiéramos desear más que simplemente ser como Felipe.

Sin embargo, incluso en el caso de Felipe, éste no era parte de un mecanismo automático, algo que funcionara lo quisiera él o no. Había cosas en Felipe que ofrecían al Señor terreno para hacer su obra. Eran cosas muy, muy sencillas pero que sin embargo no son tan fáciles de encontrar en la vida práctica.

Felipe estaba a disposición del Espíritu Santo sin ninguna duda. Cuando lo miras de cerca te das cuenta de que esto era especialmente significativo en su caso. Felipe se encontraba en Samaria. Muchos se estaban convirtiendo, se estaba llevando a cabo una gran obra de gracia, tan grande que hubieron de enviarse apóstoles desde Jerusalén para que condujeran la situación, y Felipe era el instrumento principal en tal obra. Cuando estás por completo involucrado en algo así, y de repente el Señor dice: “Felipe, quiero que dejes todo esto y que tomes el camino al desierto. No te diré por qué, ni lo que voy a hacer; simplemente te digo ve al desierto”, ante tales demandas podrían surgir grandes preguntas. Felipe hubiera podido decir: “Pero, Señor, ¿qué va a pasar con esto? Mira esta gran puerta abierta, esta gran oportunidad, ¡Mira lo que estoy haciendo, mira en qué estoy involucrado! ¿Qué va a pasar aquí si yo me voy?” Pudieran haberse suscitado muchas preguntas de este tipo. Felipe hubiera podido

tener serias reservas y ponerlas como obstáculos en el camino del Señor, pero no leemos que ocurriera nada así. El Señor simplemente lo dijo, y Felipe estaba de tal manera a su disposición que se movió, en obediencia, sin objeciones. Qué tremendo es estar libre para el Señor, estar de tal modo a su disposición que no sea difícil en absoluto dejar cualquier cosa, ajustarnos a una situación completamente distinta si el Señor así lo indica. Es algo de gran importancia. De modo que Felipe estaba a la disposición del Señor, y este es un factor determinante en una obra como esta de impartir luz a buscadores ciegos. Felipe era no tan sólo la respuesta a la necesidad del hombre, sino también la respuesta a la necesidad del Espíritu Santo. Estaba a disposición del Señor y respondió sin dudar a su sugerencia. No se retrasó sino que dijo con prontitud: “El Señor lo ha dicho, pongamos manos a la obra y dejémosle a Él la responsabilidad”.

El resultado fue satisfactorio, en realidad estaba completamente asegurado. El Señor nunca da explicaciones por adelantado. Nunca nos dice de antemano como va a obrar o qué va a hacer. Siempre nos plantea un desafío de fe en Él. Todo lo que requiere de nosotros ofrece abundante oportunidad para discutir con Él, si esta es nuestra disposición; humanamente hablando tendremos abundantes ocasiones para cuestionar. El que conoce al Espíritu sabe que la vindicación vendrá por el camino de nuestra rápida obediencia.

Este es el relato; sencillo, hermoso, lleno de principios vitales para la iluminación. Si quieres ver personas que siguen adelante, estas son las cosas que requiere el Señor. Si quieres seguir adelante, estas son las cosas que yacen tras todo verdadero avance espiritual, todo verdadero salto hacia la luz, hacia el conocimiento, hacia una mayor plenitud del Señor.

Observa de nuevo a este hombre. Es un gran relato. Como sabes, la Biblia presenta a Etiopía como un tipo representativo de las tinieblas: pero aquí encontramos las tinieblas cambiadas en luz, en el completo resplandor del mediodía. Cristo es esta luz, y la base sobre la que se produce esta transformación es un corazón franco, humilde, resuelto y honesto en su búsqueda.

No sé lo que el Señor pueda estar diciéndote, pero el punto central de todo este asunto para nosotros es: “¡Aquí hay agua!” No estoy diciendo que el punto central sea el bautismo, pero sí que está representado por el bautismo. ¿Estamos dispuestos a ir en todo al sepulcro? ¿Hay algo a lo que estemos aferrándonos, nuestra posición, reputación, status y todo esto, o está todo siendo llevado al sepulcro? El Señor no tiene enfrente a un hombre que pregunta: “¿Es necesario que sea bautizado, debo hacerlo? Por supuesto, si Dios lo quiere buscaré su gracia”. Sino a alguien que dice: “Aquí hay agua, ¿qué impide?” Esto es completamente otro enfoque. ¡Dime cualquier cosa que impida y trataré con ella! Hazte con un espíritu así. “Si puedes mostrarme cualquier cosa que impida mi avanzar en el camino que indica el Señor lo quitaré de en medio. ¿Qué quiere el Señor, Felipe? ¿Ves algún impedimento?” Felipe no encontró nada en contra sino todo a favor. Ambos descendieron juntos, y Felipe le bautizó. ¡Que el Señor ponga en nuestro corazón el significado de esto y nos conceda que seamos buenos etíopes en este sentido espiritual!

Capítulo 5

LA CAUSA FUNDAMENTAL DE LA CEGUERA

“⁷Y si el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer, ⁸¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del espíritu? ⁹Porque si el ministerio de condenación fue con gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación. ¹⁰Porque aun lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente. ¹¹Porque si lo que parece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece. ¹²Así que, teniendo tal esperanza, usamos de mucha franqueza; ¹³y no como Moisés, que ponía un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido. ¹⁴Pero el entendimiento de ellos se embotó; porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado. ¹⁵Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. ¹⁶Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará. ¹⁷Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. ¹⁸Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Co. 3:7-18).

“¹Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. ²Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios. ³Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; ⁴en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. ⁵Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. ⁶Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:1-6).

Hemos estado tratando el asunto de la vista espiritual. Aquí en el pasaje de la Escritura que acabamos de leer encontramos otra porción relacionada con este mismo asunto de la ceguera y la visión.

En primer lugar, tenemos el hecho de la ceguera: “*El dios de este siglo cegó*”; después vemos la causa: “*El dios de este siglo*”. Y después encontramos la razón o propósito, es decir: “*Para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo que es la imagen de Dios*”. Vamos a considerar los temas en este orden.

EL HECHO DE LA CEGUERA

Habrás notado que en este pasaje se traza un paralelo entre el Israel de los días de Moisés y los incrédulos de los días de Pablo. En ambos casos se dice que hay un velo

sobre sus corazones, sobre sus mentes, un velo que cierra, que excluye, y que es cegador en su naturaleza. Mas aun, hay un elemento de juicio y condenación en la forma en que el apóstol habla de él. Nos dice con relación a Israel cuando se reunió en la puerta del tabernáculo para oír a Moisés leyendo la ley, que ciertamente Moisés hubo de ponerse un velo porque el pueblo no podía fijar la vista en la gloria de su rostro. Pero esto no era porque la gloria no pudiera en verdad ser contemplada, sino por causa del estado de su mente, de su corazón. Si su estado interior hubiera sido distinto, el velo hubiera sido innecesario; hubieran podido contemplar la gloria y vivir en la luz. Sin embargo, el velo era una representación externa de una condición interior que escondía la gloria de Dios. Nunca fue el deseo del Señor de esconder Su gloria, sino de manifestarla, y que el hombre viviera en ella, la disfrutara; que no hubiera ningún velo en absoluto entre Dios y el hombre. Los velos se han interpuesto entre Dios y los hombres por causa de una condición que Dios preferiría que no existiera.

EL PODER CEGADOR DE LA INCREULIDAD

De este modo ha de ser situada esta oscuridad, esta ceguera, este cerrar y esconder la gloria de Dios y esta condición interior de Israel en tiempo de Moisés y de quienes estaban en la misma condición en días de Pablo y en el día de hoy, como algo bajo juicio y condenación. Esta condición interior que actúa como un velo es incorregible incredulidad, como sabemos bien por todo lo que se dice de Israel. Fue la incorregible incredulidad de Israel lo que le cegó, pero decir esto no es en absoluto de ayuda. Es sencillamente la declaración de un hecho, un hecho muy opresivo. Conocemos nuestros corazones lo suficientemente bien como para saber que en todos nosotros hay una incorregible incredulidad, y hemos de entender por qué se encuentra ahí esta incredulidad, y cuál es su naturaleza de modo que descubramos cómo puede ser quitado el velo. Es decir, cómo hemos de tratar con la incredulidad para que podamos contemplar la gloria de Dios y vivir en la luz eterna.

LUZ EN TERRENO DE RESURRECCIÓN

Consideremos de nuevo el caso de Israel, para ver lo que Dios deseó siempre hacer. Lo podemos expresar de este modo: Dios siempre quiso conseguir que ocuparan territorio de resurrección en corazón, espíritu y vida. Esto se hace evidente en primer lugar en la Pascua, en Egipto, cuando el primogénito de cada hogar egipcio fue muerto en aquella noche terrible en que la muerte estaba por todas partes. Pero Israel no estaba exento, como se supone de una manera demasiado superficial. La idea despreocupada y superficial es que sólo los primogénitos egipcios fueron muertos y no los primogénitos de Israel, pero no es así; también los primogénitos israelitas fueron muertos. La diferencia fue que los primogénitos en Egipto fueron muertos de manera efectiva, mientras que los israelitas lo fueron de manera sustitutiva. Cuando aquel cordero fue sacrificado en cada hogar de Israel, cada hogar, representado por el cordero, pasó bajo el mismo juicio que los primogénitos egipcios, y en aquel cordero, todo Israel pasó de muerte a vida de manera representativa. En aquel cordero Israel fue llevado virtualmente a través de la muerte a un terreno de resurrección; para

Israel lo fue. Esta es la diferencia. Sin embargo, todos murieron, los unos en realidad, los otros representativamente. De este modo Dios, en la misma fundación de la vida nacional de Israel, procuró establecerlos sobre terreno de resurrección, lo cual significa que ha tenido lugar una muerte, algo ha terminado. Un completo orden de cosas ha sido destruido, y otro completamente distinto ha sido introducido.

El gran esfuerzo de Dios en la Pascua y su significado era que Israel tomara su posición en este nuevo terreno, en este nuevo orden. La celebración de la Pascua año tras año como una ordenanza establecida por todas sus generaciones y su historia, era la manera de Dios de mostrar a los israelitas que pertenecían a otro orden, el orden de la resurrección. Mientras que en todos los hogares egipcios y por todo su territorio había oscuridad, los hijos de Israel tenían luz en sus viviendas; porque la luz está siempre en el terreno de resurrección, pero sólo en el terreno de resurrección.

Después, en el Mar Rojo se repitió el mismo gran principio, atravesándolo y saliendo de él hacia terreno de resurrección. De nuevo, Egipto fue tragado por el mar mientras Israel fue salvo. Todos entraron en el mismo mar, pero para Israel, al otro lado hay una columna de fuego para que sea su luz en terreno de resurrección –el espíritu de luz y vida. Mientras continuaban adelante año tras año, guardaron la Pascua para preservar el testimonio en cuanto al terreno sobre el que estaban como nación.

Después vino el Jordán; y no fue más que una reiteración en principio de lo mismo, ahora se hace necesaria, no por su condición necesitada sino por su reconocimiento de ella. Es dudoso que tanto en la Pascua como en el Mar Rojo, Israel tuviera un entendimiento subjetivo de lo que Dios estaba haciendo en la Pascua o en el Mar Rojo, pero ahora han llegado a darse cuenta de manera subjetiva de que es una necesidad. Durante cuarenta años han estado descubriendo cosas, y al final se ponen de acuerdo. Se ponen de acuerdo con Dios en que necesitan un terreno completamente distinto si han de permanecer en la luz. De manera persistente y por todos los medios, Dios procuró que Israel ocupara y permaneciera en terreno de resurrección, del cual había sido cortado por completo el terreno de lo natural. Su incredulidad incorregible tenía como componente básico la inclinación al terreno de lo natural, de la no resurrección.

LA CONSECUENCIA DE VIVIR

EN EL TERRENO DE LO NATURAL

¿Qué es el terreno de lo natural? Mira a Israel y lo verás con claridad. El terreno de lo natural es un atraer las cosas a uno mismo, a una perspectiva de todas las cosas a la luz de uno mismo; el criterio predominante es cómo me afectan las cosas a mí. En el comienzo de nuestra vida cristiana era así. Por supuesto, la liberación que experimentamos en un comienzo obró en nosotros positivamente, de modo que estábamos muy contentos. La poderosa liberación del Mar Rojo, nos es algo agradable, de modo que hoy estamos llenos de gozo. Siempre es así cuando las cosas van bien. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando estamos siendo probados? Llévanos mañana a este lugar y situación donde no está tan claro que todo sea para nuestro provecho, y la canción cesa, el gozo se va y entra la murmuración. “Murmuraron”. ¡Cuán a menudo se dice que Israel murmuró! ¿Por qué? Porque estaban sobre un terreno carnal, natural,

que en pocas palabras significa: “¿Cómo me afecta a mí?” Este es el terreno de lo natural, y en este terreno siempre brotará la incredulidad.

Lo que da fuerza a la incredulidad son estas cosas: intereses y consideraciones naturales, personales; mirar las cosas desde la óptica de lo que nos es o no ventajoso. Permite que estas cosas entren, aunque sea sólo por un momento, y no tardarás en encontrarte dudando y cuestionando, en incredulidad, porque la esencia de la fe es exactamente lo contrario de esto. Cuando las cosas van en contra de ti y de tus intereses, cuando estás perdiendo tu vida y lo que tienes, y sin embargo estás creyendo a Dios, confiando en Él, esto ciertamente es fe, esto es la esencia de la fe. Sin embargo, nuestra fe no es verdadera cuando solamente creemos en Dios mientras brilla el sol y todo va bien. Israel se mantuvo tan persistentemente en el terreno de lo natural, que actuó mucho más en incredulidad que en fe. Fue eso lo que les cegó. De modo que, cuando lo analizamos, vemos que la incredulidad ciega no es otra cosa que movernos en un terreno distinto del terreno de resurrección. Esto significa que estamos ocupando un terreno que Dios ha puesto bajo maldición, que Dios ha prohibido, sobre el que Dios ha inscrito la advertencia para los creyentes: “No pasar”. Si tan sólo pudiéramos ver en nuestro corazón estas notas diseminadas por todo el territorio del propio interés, las consideraciones mundanas, etc.... seríamos librados de mucha de la miseria que viene a nuestras vidas.

Toda la vida natural es algo ciego, y la medida de nuestra ceguera será proporcional a la medida en que seamos gobernados por lo natural. “*El hombre natural*”, dice el Espíritu de Dios, “*no recibe las cosas que son del Espíritu de Dios... y no las puede entender porque se han de discernir espiritualmente*” o “*han de ser discernidas por el espiritual*” (1 Co. 2:14). Toda la vida natural es algo ciego. La medida en que ocupemos el terreno de lo natural determinará la medida de nuestra ceguera. Dios se proponía sacar a Israel de este terreno y establecerlos en terreno de resurrección, es decir que fueran gobernados no por lo natural, sino por el Espíritu; y ser gobernado por el Espíritu significa andar en la luz, tener luz, significa ver.

VIDA EN EL ESPÍRITU

“*Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad*” (2 Co. 3:17). ¿Libertad de qué? Libertad del velo. “*Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará*”. La esclavitud, la limitación es quitada. Y “*el Señor es el Espíritu*”. Estar en el terreno del Espíritu, que es terreno de resurrección, con la vida natural puesta a un lado, es ser librado de la esclavitud y estar en la luz. ¡Vida en el Espíritu! El ejemplo de Israel declara categórica y permanentemente que religión no es necesariamente iluminación, y que incluso el tener las Escrituras no es forzosamente iluminación. “*Cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos*”. “*Cuando se lee a Moisés...*” Pablo dijo algo muy fuerte sobre las Escrituras y los profetas que leían cada día; no entendían lo que significaban, no percibían su sentido, aún estaban en ceguera, en oscuridad. No, incluso el tener las Escrituras no significa necesariamente iluminación.

Este mensaje de 2 de Corintios es tanto para cristianos como para no creyentes. Quizás incluso todo este mensaje sobre el velo, sobre ser cegado, sobre ver, se aplique

más a los creyentes. ¿Dónde está el cristiano completa y finalmente librado de la vida natural? Después de todo la iluminación es sólo algo comparativo. Es decir, es un asunto de “más o menos”. De ahí que existan tantas exhortaciones a los creyentes para andar en luz, vivir en el Espíritu, porque sólo de este modo puede desarrollarse y progresar este asunto de la visión y entendimiento espiritual. Vida en el Espíritu es sólo otra manera de decir: vida en terreno de resurrección.

Lo que hemos dicho hasta aquí, es que la ceguera que se extiende por la totalidad de la vida natural, opera y tiene su fuerza en aquellos que eligen y aceptan esta vida. No es necesario que esto ocurra; no es la voluntad de Dios. El deseo de Dios es que vivamos en la luz, que veamos su gloria, que no haya ningún velo en absoluto. Este es su deseo, que el velo sea quitado. Sin embargo, hay una gran cosa que sí es necesaria, y es que vengamos a aquella Pascua, a aquella muerte que es muerte a la vida natural y que produce una vida completamente nueva, vida del Espíritu, en la cual es creada una nueva facultad, un nuevo poder, una nueva capacidad para ver. Esto es algo muy importante, vital para nosotros en tanto que pueblo de Dios.

En el pueblo de Dios, que tiene las Escrituras y las conoce tan bien en la letra, ¿cuándo vendrán a darse cuenta y a reconocer que si en verdad han sido crucificados con Cristo, si han muerto con Él y juntamente con Él han sido resucitados y han recibido el Espíritu, tienen luz en ellos? *“La unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas...”* (1 Juan 2:27). ¿Cuándo se darán cuenta los creyentes, los cristianos de esto? ¿Por qué es que los creyentes que conocen las Escrituras en la letra están corriendo de acá para allá buscando consejos de otros sobre cuestiones que afectan su conocimiento espiritual? No quiero decir que sea malo pedir consejo, que sea malo saber lo que otros hijos de Dios con experiencia piensan o sienten sobre un determinado asunto. Sin embargo, estamos en gran peligro si vamos a construir nuestras posiciones basándonos en sus conclusiones. La autoridad final y al árbitro en todas las cuestiones es el Espíritu de Dios, el Espíritu de la unción. Podemos ayudarnos el uno al otro, pero es mi esperanza que no vayas a construir tu posición sobre lo que estoy diciendo ahora por el hecho de que yo lo digo. No hagas esto. No quiero que lo hagas. No te pido que lo hagas. Lo que te estoy diciendo es, escucha, toma nota, y después vete a tu autoridad final que está en ti, si eres hijo de Dios, y pídele que te confirme su verdad o que te muestre cualquier otra cosa. Este es tu derecho, tu derecho de nacimiento, el derecho de nacimiento de todo hijo de Dios, estar bajo la luz del Espíritu de luz que lo habita, el Espíritu de Dios.

Me pregunto, ¿dónde estaría Pablo si hubiera tomado el curso contrario del que tomó? *“Cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientro de mi madre... para revelar a su Hijo en mí... no consulté en seguida con carne y sangre, ni subí a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo; sino que fui a Arabia”* (Gá. 1:15-17). Me pregunto, ¿qué hubiera ocurrido si hubiera subido a Jerusalén y hubiera puesto el asunto ante aquellos que eran apóstoles antes que él? Sabemos por acontecimientos que ocurrieron después que algo que le hubieran dicho hubiera sido: “¡Ten cuidado, Pablo! Nos estás diciendo que en el camino de Damasco se supone que Jesús te dijo que fueras a los gentiles. ¡Ten cuidado!” Hubieran intentado persuadirlo en contra de este asunto de los gentiles. Ya sabes lo que sucedió más tarde. Ya sabes que en este punto,

incluso Pedro cayó en simulación años más tarde. Ya sabes que aquellos apóstoles que fueron antes que él en Jerusalén siempre fueron muy recelosos sobre el tema de los gentiles, y si Pablo hubiera capitulado ante ellos, nunca habiéramos tenido en él al gran apóstol de los gentiles, el gran apóstol del Cuerpo de Cristo, con su revelación del misterio de la unidad de judíos y gentiles en Cristo.

Pablo no sometió esto ni siquiera a los que fueron apóstoles antes que él para preguntarles si era correcto o no, si era sano o no. ¡Oh, no! En Damasco recibió la unción; Ananías puso sus manos sobre él y recibió al Espíritu, y desde este día, aunque Pablo estaba por completo dispuesto y gozoso de tener comunión con sus hermanos, aunque nunca tomó una posición independiente o superior, aunque estaba siempre abierto para el diálogo, fue sin embargo un hombre gobernado por el Espíritu. Has de tener cuidado de cómo tomas lo que estoy diciendo. Sólo será seguro para ti en la medida en que no te veas a ti mismo junto con el Espíritu Santo como una parte independiente, sino que te mantengas en perfecta comunión, sumisión, humildad, con un corazón abierto y dispuesto a escuchar y obedecer lo que pueda venir como testimonio del Espíritu a la verdad a través de otros. Pero todo esto depende de tu condición interior, de si estás en terreno natural o espiritual, en el terreno de la antigua creación o en el de resurrección. Pero si estás en terreno de resurrección, donde no es la vida de lo natural la que gobierna sino el Espíritu, entonces amado, tienes el derecho, el privilegio y la bendición de conocer el testimonio del Espíritu en tu corazón, y la unción enseñándote todas las cosas, en cuanto a si un asunto determinado es correcto o incorrecto. ¿Cuándo conocerá el pueblo de Dios esto? ¿Cuándo lo reconocerá?

Es aquello que mencionábamos anteriormente, lo que está robando a muchos la luz que el Señor desea darles. El Señor les guiaría a una mayor plenitud en el conocimiento de su Hijo, a un crecimiento de su entendimiento espiritual, pero están descuidando el don que está en ellos. Están descuidando al Espíritu Santo como su iluminador, maestro, instructor, guía y arbitro, y van a éste o a aquel, a esta o aquella autoridad diciendo: “¿Qué piensas sobre este asunto? ¡Si tú crees que está mal, entonces no lo haré!” El hacer esto es fatal para el conocimiento espiritual. Esto es permanecer en terreno natural.

El Señor nos quiere fuera de este terreno. Este asunto de ocupar terreno de resurrección, de vivir una vida en el Espíritu, es esencial para poder llegar al pleno conocimiento del Hijo de Dios. ¡Cuánto más se podría decir sobre todo esto! Tengamos cuidado en cuanto a quiénes son nuestras autoridades. Muchos queridos hijos de Dios han llegado a estar, tanto individual como colectivamente, bajo una horrorosa y pesada esclavitud, limitación y confusión por volver una y otra vez a autoridades humanas, a este o aquel gran líder, a este hombre que fue grandemente usado por Dios, a aquel que tuvo una gran cantidad de luz espiritual. “El Señor tiene todavía más luz y verdad que hacer brotar de su Palabra”, de la que incluso poseyera aquel siervo suyo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Tenemos todo el beneficio de la luz dada a personas piadosas y procuramos aprovecharnos de luz verdadera, pero nunca deberíamos caer en esclavitud y decir: “¡Esta es la última palabra sobre el asunto!” Esto no debe ocurrir nunca. Hemos de mantenernos en terreno de resurrección. Y ¿quién puede agotarlo? En otras palabras,

¿quién puede agotar el significado del Cristo resucitado? Él es un almacén sin límites, la tierra de vastas distancias. Supongo que si ha habido alguien que tuviera este sentido más que cualquier otro, ese sería Pablo. Pero hasta el fin de su vida, desde la cárcel aún clama: “¡A fin de conocerle!”: *“Lo tengo todo como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo y lo tengo por basura”* (Fil. 3:8). Al final de una vida como la suya, la vida de un hombre que podía decir: *“Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años fue arrebatado al tercer cielo... donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar”* (2 Co. 12:2,3), está todavía diciendo: “¡A fin de conocerle!” Creo que nadie, ni aun Pablo, ha hecho más que comenzar a conocer a Cristo resucitado. *“Cosas que ojo no vio ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu”* (1 Co. 2:9,10). El Espíritu tiene las inescrutables riquezas para revelárnoslas. ¡Qué lamentable entonces la ceguera que viene por ocupar terreno natural, sea en la forma que sea!

Sólo unas palabras sobre la causa de la ceguera espiritual. *“El dios de este siglo cegó”*. Hay dos cosas en esta frase. Primero, esta ceguera no es, después de todo, algo tan sólo natural, es sobrenatural. Cuando decimos que el reino de lo natural es ciego, hemos de añadir algo más. Existe algo muchísimo más siniestro acerca de este tipo de ceguera. Es una ceguera sobrenatural, pero es una ceguera maléficamente sobrenatural. Es obra del diablo. Esta es la razón por la que impartir visión espiritual implica siempre un conflicto tan terrible. Nunca nadie llega realmente a ver y entender por el Espíritu sin conflicto, sin pagar un precio, sin una terrible cantidad de sufrimiento. Cada porción de verdadera iluminación espiritual es algo muy costoso. En lo que a este asunto se refiere, Pablo tenía que ponerse mucho de rodillas en favor de los santos. *“Doblo mis rodillas”,* oró, *“para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él”* (Ef. 1:17). Es algo por lo que hay que orar, y no es intrascendente el hecho de que en la epístola a los Efesios, la oración aparece en tan alto grado relacionada con lo que se nos revela en el capítulo seis. *“Nuestra lucha... es contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. ¹³Por tanto, tomad toda la armadura de Dios”* –esto y aquello, etc.– *“¹⁸orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu”* (Ef. 6:12-18). “Las tinieblas”. *“Orando siempre”*: *“Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo... os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él”*. ¿Os dais cuenta? Es todo una pieza. Pero ¿por qué todo esto? La explicación está aquí: *“El dios de este siglo”*. Estamos contra algo sobrenatural en esta ceguera espiritual. Estamos contra todas las fuerzas cósmicas de maldad; son inteligencias espirituales obrando para mantener a las personas en su ceguera.

No es poca cosa el tener verdadera vista espiritual. Representa una poderosa victoria. Tal realidad no va a venir a ti sentándote pasivamente y esperando a que llegue. En cuanto a este asunto ha de haber ejercicio. Cuando de verdad te dispones para recibir entendimiento espiritual, te colocas en contra de las fuerzas del dios de este siglo. Es una batalla sobrenatural de modo que cada pequeña etapa de ministerio que vaya a ser en verdad un ministerio de revelación, estará rodeado de conflicto. Habrá conflicto antes del tiempo de ministerio, el conflicto continuará durante el

tiempo del ministerio, y probablemente seguirá después. Es así.

Aquí está, pues, la necesidad de que te ejercites en cuanto a la luz, que mientras estés escuchando no des por sentado que habiéndolo oído, ya lo tienes; asegúrate de que después de oír, tratas lo que has oído de modo práctico con el Señor, para que en verdad se realicen los avances que Él desea en tu vida, y que no te engañes a ti mismo asumiendo que ya lo sabes simplemente porque lo has oído. Puede que todavía no lo sepas. Puede ser todavía necesario librar una batalla al respecto.

Si en verdad lo supiéramos, una gran cantidad de los conflictos que experimentamos en nuestras vidas son porque Dios desea llevarnos un poco más adelante en el camino, abrir nuestros ojos para que le veamos a Él, introducirnos en la luz de su Hijo. Dios desea ensanchar nuestro horizonte espiritual, y el enemigo está en contra. No va a permitirlo si puede. Se produce conflicto. Quizás no lo entendamos, pero muy, muy a menudo, más de lo que pensamos, ocurre sencillamente que el Señor está tras algo en nuestras vidas, y Satanás dice: “No van a ver esto si puedo evitarlo”. De modo que se levanta una tremenda batalla. Esta ceguera es sobrenatural, igual que lo es también la iluminación.

“*¡El dios de este siglo!*” Esta expresión para designar a Satanás puede significar más que una simple porción en el tiempo. Puede significar todo el tiempo, ya que Satanás ganó su señorío sobre el hombre en el mismo principio. Esto es lo que perseguía, usurpar el lugar de Dios y conseguir la adoración del hombre; ser dios, ser adorado; lo cual significa sencillamente tomar para sí lo que del hombre tiene valor. Dios hizo al hombre para que éste fuera el vehículo que le trajera algo para su gloria y disfrute, algo digno de Sí, que Dios pudiera encontrar en el hombre un vehículo digno de Él.

Satanás dijo: “Yo voy a poseer este vehículo digno. Dios ha invertido algo en esta creación, algo que Él quiere para Sí, pero yo voy a poseerlo”. Así que lo que vemos en Edén es la manera en que Satanás suplantó a Dios en el corazón y mente del hombre, y el modo cómo consiguió que el hombre le diera lo que era tan sólo el derecho de Dios: la adoración. De este modo, por el consentimiento y caída del hombre, Satanás ganó el título de “dios de este siglo”, y lo mantiene desde entonces. “Este siglo” significa el curso de este mundo. ¡Es “el dios de este siglo”!

El gran peligro para que Satanás pueda mantener su papel de “dios” es la iluminación espiritual. No va a poder conservar mucho tiempo este terreno cuando tus ojos sean abiertos. ¡Oh, cuando un corazón es iluminado, el poder de Satanás es quebrantado! Por eso el Señor dijo a Pablo en Damasco: “*...A quienes ahora te envío para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios*” (Hch. 26:17-18) Las dos cosas van juntas: de las tinieblas a la luz; del poder de Satanás a Dios.

Repito que la mayor amenaza y peligro para Satanás y su posición es la iluminación espiritual. Por lo cual él ha de encontrar un terreno sobre el cual perpetuar y mantener su posición, su papel como “dios de este siglo.” Y ¿qué terreno le será satisfactorio para este propósito? La respuesta es el terreno de lo natural. Si nos colocamos en el terreno de lo natural, le estamos dando a Satanás derecho de posesión. Cada vez que lo hacemos, se fortalece el agarre de Satanás.

EL PROPÓSITO DE LA OBRA CEGADORA DE SATANÁS

¿Cuál es la razón u objeto de esta obra cegadora de Satanás? Es para que *“no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, que es la imagen de Dios”* (2 Co. 4:4). La gloria de Cristo, el evangelio de la gloria de Cristo; la luz del evangelio de la gloria de Cristo, que es la imagen de Dios, estas cosas no han de resplandecerles, y por eso, el dios de este siglo les ha cegado.

Entonces, ¿cuál es el propósito? Remontémonos atrás a un periodo incierto en el tiempo, cuando en los consejos de Dios, el Hijo fue señalado como heredero de todas las cosas. Cuando esto se supo en el cielo, se halló iniquidad en el corazón de uno de entre las huestes angélicas. Esta iniquidad fue el orgullo de desear igualdad y aspirar a la posesión de aquella herencia. Su corazón se exaltó y dijo: *“Pondré mi trono por sobre las estrellas de Dios... Seré semejante al Altísimo”* (Is. 14:12-14; Ez. 28:11-19). Al decir esto se descubrieron sus celos hacia el Hijo de Dios; y por esta iniquidad de su corazón, por este orgullo y celos, perdió su posición allí y ha descendido para que, si él puede impedirlo, los hombres no vean al Hijo del Hombre. Les ha oscurecido y cegado para que la luz del evangelio de la gloria de Cristo no les resplandezca. Su propósito es excluir al Hijo.

De seguro esto ha de significar algo inmenso, si Satanás con toda su inteligencia y entendimiento reconoce que si los hombres ven al Hijo, esto es lo más grande que puede ocurrir. Todo lo que tiene que ver con la intención de Dios, se relaciona con esto. La totalidad del gran propósito de Dios en la creación de este mundo y este universo depende de esto. Todo está conferido al Hijo, y si los hombres ven al Hijo, entonces Dios alcanza sus fines y cumple sus propósitos. Satanás dice: *“¡Esto no debe ocurrir; no han de ver al Hijo!”* El dios de este siglo ha cegado sus mentes para que no les resplandezca la luz de la gloria de Cristo, que es la imagen de Dios.

¿Qué importante es entonces ver al Hijo! No podemos ahora extendernos en este tema tan inmenso, pero terminemos con esta nota: ¡Qué tremenda expresión de júbilo llenará el universo cuando al fin le veamos cara a cara, cuando ya no haya más velos que oscurezcan, en ningún grado. Dios cumplirá entonces sus propósitos. El Hijo aparecerá, será contemplado. Cuando le veamos *“seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”* (1 Juan 3:2). Este es el propósito para el que Dios nos hizo: *“Los predestinó para que fuéramos hechos conformes a la imagen de su Hijo”* (Ro. 8:29). Pero es necesario verle ahora y seguir viéndole hasta el día perfecto, porque es contemplándolo como somos cambiados a su imagen.

¿Cuál será la oración de nuestros labios y de nuestros corazones al terminar esta consideración? Que no sea mero sentimentalismo. Que sea un clamor y una búsqueda persistente: *“¡Queremos ver a Jesús!”* En la visión de Él converge todo el propósito de Dios en este universo.

Capítulo 6

BUSCANDO LA GLORIA DE CRISTO COMO HIJO DE DIOS

"¹Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, ²en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo" (Heb. 1:1-2).

"¹³El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, ¹⁴en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados. ¹⁵El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. ¹⁶Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. ¹⁷Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten" (Col. 1:13-17).

"⁴En los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. ⁵Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús" (2 Co. 4:4-5).

"¹En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. ³Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. ⁴En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres" (Jn. 1:1, 3-4).

"²⁰Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis. ²¹Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. ²⁶Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; ²⁷y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre" (Juan 5:20-21; 26-27).

"... la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Jn 17:5).

Existen tres direcciones principales en que la visión espiritual es necesaria; primeramente con relación al lugar y significación de Cristo en el esquema divino de cosas. En segundo lugar, con referencia al lugar y significación del hombre en tal esquema. Y por último, con relación a la realidad, caminos y objetivo de los poderes espirituales de maldad en este universo. De estas tres cosas tratan ampliamente las Escrituras. Ahora vamos a ocuparnos principalmente con la primera de ellas.

EL LUGAR Y SIGNIFICACIÓN DE CRISTO

En la persona y obra de Cristo existen dos aspectos. 1) Cristo como Hijo de Dios; 2) Cristo como Hijo del Hombre. Cuando hemos recogido todo cuanto se dice e intima en las Escrituras en cuanto a Cristo como Hijo de Dios, somos llevados a una conclusión. Es esta, que los derechos y prerrogativas de Dios han sido conferidos por Él sobre Su Hijo, y Dios se ha sujetado para ser personal y definidamente conocido únicamente a través del Hijo. No existe acceso ni conocimiento de naturaleza personal, ni comunión

aparte del Hijo. *“Nadie viene al Padre sino por mí”* (Juan 14:6). *“Ninguno conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”* (Mt. 11:27). Esta revelación se encuentra tan sólo en el Hijo. *“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”* (Juan 14:9). Así que hemos de preguntarnos: ¿Cuáles son estos únicos y solos derechos de Dios que han sido conferidos al Hijo?” El primero es:

LA PRERROGATIVA DE LA VIDA

Cuando realmente llegamos a tratar con vida, llegamos a tratar con Dios. Cuando hay algo de vida presente, el hombre puede tener algún lugar. Puede ayudar, estimular, alimentar y cooperar con ella. Pero cuando la vida se ha ido, el hombre no tiene más lugar, es un asunto enteramente de Dios.

Sólo Dios puede tratar con esta situación. La cuestión de vida de los muertos es tan sólo asunto de Dios. Durante toda una generación rugió una batalla sobre este asunto, y de manera especial lo hizo alrededor de un hombre, Luis Pasteur. Durante todo el tiempo de su vida el asunto de la generación espontánea de la vida ardió y dividió a los hombres en escuelas fieramente antagónicas. Pero antes de su muerte el asunto fue claramente establecido. Hoy ningún entendido cree otra cosa que en el reino de lo natural la vida sólo procede de la vida, y nunca de la muerte. De este modo el campo queda libre para lo sobrenatural, y la vida desde la muerte es la esfera única de Dios. Lo que es verdad en lo natural, lo es también en lo espiritual. La vida que todos tenemos en común, es decir la vida de cuerpo y alma es una cosa, y la ley anterior se mantiene correcta con relación a ello. Pero existe otra vida: es una vida increada, es vida divina, lo que llamamos vida espiritual. Esto es por completo otra cosa. Podemos tener cien personas, o más, aquí, todas ellas vivas en el primer sentido, pero quizás sólo unas pocas lo estén en el segundo sentido. La mayoría, aunque muy activos en cuerpo y alma, pueden estar muertos por completo con relación a la vida divina, increada. De este modo se dividen las personas, y según este criterio tenemos dos órdenes de creación completamente diferentes, dos especies de seres.

Se ha escrito mucho sobre la inmortalidad del alma. La Biblia no enseña esto. Continuidad e inmortalidad son dos cosas distintas. La inmortalidad es un rasgo y prerrogativa divinos. *“El único que tiene inmortalidad”* (1 Ti. 6:16). La inmortalidad es esta naturaleza divina que es característica de la vida divina. Es algo por completo más alto que la simple supervivencia a la desintegración y al sepulcro. Esto último sin inmortalidad o vida inmortal debe ser algo muy horrible. Es lo que la Biblia llama metafóricamente estar “desnudo” o “avergonzado”. De manera que el apóstol habla de la inmortalidad como ser “revestido”, “para que lo mortal sea absorbido por la vida”.

De modo que el dar esta vida es prerrogativa sólo de Dios, y aquellos que la poseen son por tanto distintos en realidad interior de todos los demás. Poseen la base de una completa transformación, que es el significado de ser “glorificados”.

Sin embargo, nuestro mensaje específico es que Dios ha conferido esta vida a su Hijo Jesucristo, y que no puede poseerse aparte de Él. *“Como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo”* (Jn. 5:26). *“Como el Padre levanta a los muertos y les da vida, también el Hijo a los que quiere da vida”* (Jn. 5:21). El evangelio de la gloria de Cristo es que Dios le ha dado la gloria de poder dar vida

eterna, incorruptible, vida inmortal, a los que creen en Él. *“Esta vida está en el Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida”* (1 Jn. 5:11-12). El que tiene al Hijo, tiene de una vez esta vida impartida, y todos los gloriosos pensamientos y propósitos de Dios para el hombre han sido puestos en marcha y están en camino a su cumplimiento. De modo que lo que se introduce con Cristo es la vida de una nueva creación, un nuevo universo. Todo debe realizarse sobre el principio biológico, pero es una vida distinta de cualquier otra vida en naturaleza, capacidad y conciencia, siendo peculiarmente la propia vida divina de Dios la base y vínculo de la verdadera comunión interior con Él. De este modo podemos ver algo de la inmensa y vital significación de Cristo.

Aceptar a Cristo de manera viva y positiva es recibir una vida que significa una diferencia interior y secreta en nuestra misma constitución, y estar en camino a posibilidades que les son negadas a los otros.

Rechazar o ser negligentes con Cristo es perder o desaprovechar todo lo que Dios se propuso cuando creó al hombre y le puso bajo prueba de fe. Aquí yace el inmenso peligro de las evasivas o la falta de decisión. No está en el poder del hombre el decidir cuándo esta vida le será ofrecida. Cuando Cristo es presentado, este es el momento en que la vida y la muerte están en las balanzas de nuestra aceptación o rechazo, y los mayores valores y asuntos eternos están vinculados a esta decisión.

Es a todo esto a lo que el gran enemigo de la eterna gloria del hombre quiere cegarlo y mantenerlo ciego. Una de las cegadoras mentiras del diablo es la mentira de la evolución. Aunque todos creemos en un cierto desarrollo y progreso, la doctrina que declara que el hombre comenzó con la ameba y en el curso de muchos miles, quizás millones de años, pasó por numerosas etapas, es decir: mono, hombre primitivo, hombre civilizado, ser angélico, etc. y ¡finalmente llega a ser un dios habiendo alcanzado la deidad! Esto es una mentira, un fraude diseñado por su satánico inventor para impedir que los hombres reciban a Cristo. Se dice que todo este progreso (?) ha sido efectuado por completo sin ninguna intervención de afuera. Alguien, escribiendo sobre este tema, lo plantea del siguiente modo: “Hemos oído de una máquina maravillosa que en uno de sus extremos va tomando con una especie de garras la piel que necesita y la introduce llevándola etapa tras etapa sin ninguna intervención externa hasta que por el otro extremo sale convertida en zapatos. ¡Sin ninguna intervención externa!” El autor dice que esto es evolución. Las garras toman la ameba en un extremo y la introducen, después se supone que la evolución la conduce a través de varias etapas hasta convertirla en ángeles o dioses. “Sin embargo –dice el autor de la ilustración– en cierto momento la ameba es atrapada en el engranaje y desafortunadamente al final ¡salen bestias por el otro extremo que se desgarran unas a otras!” Nos preguntamos, ¿están los hombres más cerca de los ángeles o los dioses tras estos miles de años? ¿Es la vida mortal de la raza humana tan superior después de todo? Sólo los muy ciegos dirían que sí.

Es justamente en esta pequeña frase “intervención externa” donde está la clave. Nunca habrá una verdadera conformidad a la semejanza de Dios sin intervención externa. Este asunto no funcionará como una máquina. Esta intervención externa está planteada en las palabras de Cristo: *“Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia”* (Juan 10:10). No hay ninguna esperanza de que el hombre alcance a Dios por sí mismo, pero Dios ha intervenido en la persona de su Hijo, y con

Él ofrece la vida que tiene el poder de llevarnos a ser uno con Él en semejanza y comunión.

LA PRERROGATIVA DIVINA DE LA LUZ CONFERIDA AL HIJO

La segunda prerrogativa de Dios es Luz. ¡Fue Dios quien dijo: “Hágase la luz, y fue la luz”! La luz esta con Dios. Por supuesto, en la Escritura hay muchas intimaciones de esto en el reino natural. Dios hace tinieblas y luz, y cuando lo desea puede interrumpir el curso natural de las cosas y en este asunto volver la luz en tinieblas y viceversa. Puede dividir el mismo territorio entre luz y tinieblas. Cuando todo Egipto está bajo la plaga en tinieblas, densas tinieblas, los hijos de Israel tienen luz en sus casas. Justo en la misma tierra, luz y tinieblas existieron simultáneamente por intervención divina. Sí, la luz puede ser preservada y mantenida por Dios más allá del curso normal, y las tinieblas pueden ser traídas de manera prematura cuando debería haber luz.

Hay mucho de esto en el Antiguo Testamento y es continuado en el Nuevo Testamento. Cuando el Hijo del Hombre fue crucificado, las tinieblas cubrieron la tierra hasta la hora novena. Echa fuera al Hijo de Dios y estarás echando fuera la luz de Dios. Esta es la enseñanza. La luz es prerrogativa de Dios.

Lo que se ilustra a través de los tratos de Dios con la naturaleza es la gran verdad de la luz espiritual; que la luz espiritual es prerrogativa de Dios, que en un momento dado Él puede hacer brillar la luz en las tinieblas; no tiene que esperar un cierto curso de cosas. Puede apagar la luz en cualquier momento. Está dentro de su poder el hacer esto. Convertir de las tinieblas a la luz es un milagro en el mundo espiritual y una intervención externa, y es igualmente una intervención divina de juicio cuando la luz que hay en nosotros se convierte en tinieblas. Todo esto pertenece a Dios.

De modo que esta segunda prerrogativa de Dios, es decir, la luz, fue también conferida a Jesucristo, su Hijo e integrada en Él. *“Yo soy la luz del mundo”* (Jn. 9:5) *“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios... Todas las cosas fueron hechas por medio de Él, y sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres”*. *“A Dios nadie le vio jamás, el unigénito Hijo que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”* (Jn. 1:1,3-4,18). Forma parte de la gloria de Cristo el poder en un momento dado irrumpir en nuestras tinieblas. ¿Y no ha sido precisamente esto lo que trajo gloria a nuestros corazones cuando mediante este toque bendito de Su dedo (el Espíritu de Dios) pudimos decir de repente: “¡Veo! ¡Nunca lo había visto así!” ¿Cuál es en este punto el deseo espontáneo de nuestros corazones? Es adorarlo.

Regresemos por un momento a aquel hombre que nació ciego, a quien el Señor dio vista y al final le planteó la cuestión *“¿Crees tú en el Hijo de Dios?”* Él respondió y dijo *“¿Y quién es, Señor, para que crea en Él?”* Jesús le dijo: *“Tú le has visto, y el que habla contigo, él es”*. Y él le dijo: *“Señor, creo”*. Y le adoró. ¿Por qué adoró? Porque para él el Hijo de Dios era una misma cosa con haber recibido la vista. Las dos cosas fueron juntas. El recibir la vista estaba estrechamente unido con Aquel que no podía ser otro que el Hijo de Dios, al haberle dado la vista. Esto es lo que el Señor quería decirnos al incluir este incidente en este evangelio cuyo propósito es dar evidencia de que Jesús es el Hijo de Dios. Ya sabéis cómo concluye Juan su evangelio. Si se escribiera todo

cuanto podría escribirse, ni en el mundo cabrían los libros; pero estas cosas se escribieron *“para que creáis que Jesús es el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre”* (Juan 20:31). Y este incidente se registra en el libro que tiene este propósito. Cuando los discípulos dijeron: *“Señor, ¿quién pecó, éste o sus padres para que naciera ciego?”* El Señor rechazó esta superstición al decir: *“No es que pecó éste ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él”*. Y el Hijo es el instrumento de las obras de Dios. El Señor Jesús ya había dicho que el Padre obra, y las obras que hace el Padre, el Hijo también las hace, y *“obras mayores que éstas le mostrará”*. Las obras de Dios –dar vista a través del Hijo a aquellos que han nacido ciegos, guiándolos a adoración; y a Dios no le importa que adores a su Hijo, no se pondrá celoso de su Hijo, porque Él se ha adherido con su Hijo y le ha puesto en igualdad consigo mismo y le ha conferido sus derechos y prerrogativas. Adorar al Hijo es como adorar al Padre porque el Padre y el Hijo son uno.

Que Jesús es el Hijo de Dios se evidencia cuando las personas reciben vista espiritual, y esta es la gloria de Cristo, poder, como decíamos, guiar a la adoración. Es algo muy grande el experimentar aunque sea sólo un poco de lo que estamos diciendo. Es algo muy grande el tener nuestros ojos abiertos. Es algo grande el tener nuestros ojos abiertos de modo inicial, en lo fundamental. Es algo grande que mientras seguimos adelante sigamos teniendo los ojos abiertos para ver lo que nadie ha podido enseñarnos, lo que hemos luchado por ver y entender. Después Dios, de manera soberana, toca nuestros ojos espirituales, mediante intervención externa, y vemos. ¿No es un gran día cuando vemos de este modo?

Algunos de nosotros conocemos la siguiente experiencia con la Palabra de Dios. Sabemos que en un pasaje en concreto hay algo que se nos escapa. Tiene un significado divino pero no podemos captarlo. Le hemos dado vueltas, hemos procurado ayuda en otros. Hemos acudido a todas las autoridades en este pasaje en particular, pero no hemos captado ese algo que se nos escapa. Aprendemos muchas cosas buenas de lo que otros han dicho, pero de alguna forma sabemos que hay algo esencial que no conseguimos captar. Se lo traemos de nuevo al Señor y decimos: *“Señor, si tú quieres que lo entendamos, muéstranoslo en su momento, cuando sea necesario, no simplemente para tener la información, sino cuando vaya a servir a un propósito”*. Y lo hemos dejado de este modo con el Señor y hemos seguido adelante en quietud, quizás ocupados con otra cosa, y entonces lo hemos visto por completo, y todo el asunto se ha vuelto luminoso. Lo hemos visto y nuestros rostros se han llenado de gozo. Podemos señalar muchas cosas de este tipo en el curso de nuestra vida. Simplemente nos han venido y las hemos recibido. No se nos pueden quitar.

Lo que pretendo aquí es sencillamente ilustrar lo tremendas que son estas irrupciones de luz en nuestra vida, cómo nos elevan, cómo nos llenan de gloria, cómo cambian nuestra perspectiva cuando irrumpe la luz espiritual, luz no de este mundo sino de arriba. El Señor Jesús es la suma de esta luz divina. Él es la luz. Sólo con que nuestros ojos fueran abiertos para ver la trascendencia del Señor Jesús, ¡qué tremendamente distinto sería todo! ¡Cuán liberados nos sentiríamos! Nuestra necesidad es ver al Hijo de Dios como Aquel a quien ha sido conferida la prerrogativa de impartir luz espiritual porque Él es la luz. Es Él quien quiere venir a nuestra situación de tinieblas para librarnos de ellas. En esto consiste su gloria, y tú puedes

conocer la gloria del Hijo de Dios, puedes adorarlo porque tus ojos hayan sido abiertos.

Él está aquí. Del mismo modo que el que Jesús sea la resurrección y la vida significa que Él imparte resurrección en cualquier momento y no tan sólo en el día final. Te acordarás que Marta dijo: *“Yo sé que él (Lázaro) resucitara en el día postrero”*, y que el Señor le dijo: *“Espera, Marta, yo soy la resurrección y la vida, y estando yo aquí, también puede estarlo el poder del día postrero en lo que a la resurrección se refiere; cuando yo estoy presente no es un asunto de tiempo, ¡puede ser ahora!”* De modo que, estando él aquí puede producirse una nueva creación con una luz de nueva creación. El asunto no es que más adelante tendré luz, sino ahora, mediante esta gloriosa intervención desde afuera. La gloria de Jesucristo, la que Él tenía con el Padre antes de que el mundo fuese, consiste en esto; que Él tiene esta prerrogativa tan sólo divina, tiene el derecho, el poder y la capacidad de traer luz. Nadie más puede darla. No es posible llegar a esa luz. Es un don suyo, un acto suyo. Esto es su gloria.

LA PRERROGATIVA DIVINA DEL SEÑORÍO CONFERIDA AL HIJO

Una última palabra en referencia a la gloria de Jesucristo como Hijo de Dios. Le ha sido también conferida la prerrogativa divina del gobierno. En este último tema, la decisión en todos los asuntos es de Dios. Por encima de todas las cosas está Dios. Él gobierna, y lo hace en los reinos de los hombres y entre los ejércitos de los cielos. Él gobierna, pero ahora ha conferido este gobierno a su Hijo. *“Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo”* (Jn. 5:22). Por tanto, esta prerrogativa divina del gobierno ha sido conferida al Hijo.

¿Qué significa esto para nosotros ahora? *“El evangelio de la gloria de Cristo”*. *“Predicamos a Jesucristo como Señor”*. Esto es en esencia una sola declaración: la gloria de Cristo, Cristo Jesús como Señor. Creo que he de dejar a un lado los detalles y pasar al final de esta cuestión. La gloria de Cristo sólo se reconoce cuando Él es el Señor en realidad, pero cuando lo es, se reconoce su gloria. Quiero decir que Dios se satisface cuando su Hijo llega al lugar señalado, y Dios no puede estar satisfecho sobre algo sin que el afectado se dé cuenta de ello. Siempre hay un eco de algo en el corazón de Dios que nos afecta; quiero decir que si el cielo se regocija por un pecador que se arrepiente, tal pecador no dejará de percibir el eco de este gozo celestial. El gozo que le llega a un pecador arrepentido no es únicamente su propio gozo, es el gozo que hay en el cielo, es un eco de lo que está ocurriendo arriba. Cuando el Padre experimenta complacencia, va a haber un testimonio en aquel en quien tiene esa complacencia. *“Este es mi Hijo amado en el cual tengo complacencia”* (Mt. 3:17). El Hijo conoce en su propio espíritu, en su propio corazón, el deleite del Padre. *“El Padre ama al Hijo”*. Jesús puede decir esto sin ningún engreimiento ni presunción. Cuando el lugar que le ha sido asignado al Hijo por el Padre se le da efectivamente al Hijo en cualquier vida, cualquier grupo o cualquier lugar de esta tierra, puedes estar seguro que el cielo se abrirá allí, y la gratificación del Padre se manifestará. Nunca superarás ninguna lucha y batalla por algún asunto relacionado con su señorío en tu vida sin conocer un nuevo gozo, paz y descanso en tu corazón. Ha habido una lucha sobre algún asunto de

obediencia a la voluntad de Dios, algo que el Señor ha dicho. Durante largo tiempo se ha prolongado esta lucha y al final la superas. Al final tu obstinada voluntad se rinde y lo superas. Se restablece el señorío del Señor, y ¿cual es el resultado? Descanso, paz, gozo, satisfacción. Dices: “Qué necio he sido por resistirme a esto durante tanto tiempo”. ¿Qué es esto? No es simplemente un alivio psicológico que has logrado al superar una situación difícil. Es el Espíritu de Dios trayendo testimonio a tu interior. Es la Santa Paloma iluminando tu espíritu. Es la complacencia del Padre testificada a tu corazón, el señorío de Dios en Cristo establecido. Nunca podremos realmente creer en el absoluto señorío de Dios sin dar a Cristo su lugar. Es una contradicción. Para que el señorío de Dios sea una realidad, Cristo ha de ser Señor en nuestros corazones. Hemos de ver esto.

EL ASUNTO PRÁCTICO

Lo que realmente quiero dejar con vosotros en esta última palabra es esto: Por favor, pídele al Señor que abra tus ojos al significado del señorío de Cristo en tu vida. Sabes, amado, todos nuestros problemas giran alrededor de este asunto. Otros señores han tenido dominio sobre nosotros. ¿Quiénes son estos otros señores? Hay muchos señores. Nuestra propia alma puede estar dominándonos, nuestros sentimientos, nuestros gustos, preferencias y juicios, lo que no nos gusta, nuestras antipatías, nuestras tradiciones, nuestros maestros, estas cosas pueden estar gobernándonos. Son tantos los señores, y pueden estar gobernando. El Señor desea llevarnos a un lugar más amplio y más libre, un lugar donde el cielo está abierto. Si embargo hay algo que todavía nos tiraniza, nosotros mismos estamos en el centro, la vida natural, el yo está en el trono, tenemos una manera horrible de atraerlo todo hacia nosotros mismos. En el mismo momento en que surge algo saltamos al centro de la palestra, la vida del yo está gobernando. ¿Qué clase de vida es ésta? Es una vida de sombras, por decir lo mínimo. Es una vida de limitaciones, de variabilidad, de subidas y bajadas, de debilidad, de incertidumbre. Si queremos salir de ahí y entrar en la luz, la completa luz, en la gloriosa libertad de los hijos de Dios, todos estos otros señores han de ser depuestos, y Cristo ha de ser Señor.

Mientras digo esto, estás por completo de acuerdo conmigo. Dices: “Sí, por supuesto que queremos que Cristo sea Señor, no queremos nada menos que esto, que Cristo sea Señor, y sabemos que ha de ser Señor. ¡Sabemos que Dios le ha hecho Señor y Cristo! Estamos de acuerdo”. Amados, esto está bien, pero ¿qué vamos a hacer? Después de asentir, de estar de acuerdo, ¿vamos a seguir imponiendo nuestro propio criterio, vamos a seguir tratando con los demás y con las situaciones en nuestra propia fuerza? ¿Vamos a seguir saliendo en la foto, vamos a seguir permitiendo a aquellos antiguos dominadores que nos influencien? Este establecimiento de Cristo como Señor, es algo que sólo puede hacerse, no por asentir ni por estar de acuerdo, aunque esto es también necesario. Sólo puede ser hecho siendo nosotros quebrantados, y hemos de decirle al Señor: “Señor, rompe todo lo que esté en el camino, quita de en medio todo obstáculo a tu absoluto señorío”.

“Mi ídolo más amado, sea el que sea, Ayúdame a echarlo de tu trono y adorarte sólo a ti”.

Puede haber algo muy querido, una parte de nuestro mismo ser, y está obstaculizando el camino: nuestra misma vida, nuestro yo. Algo debe hacerse en nosotros, pero qué importante es que veamos cuántas cosas dependen del lugar y trascendencia de Cristo en el orden divino, Cristo como Señor. ¿Qué depende de esto? La gloria de Cristo.

¿Alguna vez has entrado en una nueva posición con el Señor en que su señorío haya sido establecido en una manera nueva, en algún nuevo asunto, en alguna nueva esfera? ¿Has experimentado esto y te has sentido mal por ello, sientes que has perdido algo? Sabes que es lo contrario. Puede que la experiencia haya sido terrible y profunda, pero cuando la has pasado glorificas a Dios. Cuando el Señor trata con cosas que obstaculizan el camino de su señorío, es un tiempo oscuro, lleno de sufrimiento, pero vas a llegar al lugar en que vas a darle gracias por todo ello. ¿Cómo puede ser esto? Esto es lo que sentimos mientras estamos en el proceso, pero estoy seguro, y la experiencia lo demuestra en cierto grado, que cuando estamos al otro lado y el Señor tiene un nuevo lugar en nuestra vida, le damos gracias y le decimos: “Has sido justo, fiel y verdadero”. Puedes decir esto por fe, pero qué maravilloso es decirlo por experiencia. Fiel y verdadero.

La Gloria de Dios en la faz de Jesucristo, la gloria de Cristo, el evangelio de la gloria de Cristo como Hijo de Dios, todo esto nos llega en términos de vida, luz y señorío. Que el Señor nos guíe a la experiencia de estas cosas.

Capítulo 7

VIENDO LA GLORIA DE CRISTO COMO HIJO DEL HOMBRE

«¹Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, ²en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo» (Heb. 1:1-2).

«⁵Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando; ⁶pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites? ⁷Le hiciste un poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria y de honra, y le pusiste sobre las obras de tus manos; ⁸Todo lo sujetaste bajo sus pies. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. ⁹Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos. ¹⁰Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos. ¹¹Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, ¹²diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré. ¹³Y otra vez: Yo confiaré en él. Y de nuevo: He aquí, yo y los hijos que Dios me dio. ¹⁴Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, ¹⁵y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. ¹⁶Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. ¹⁷Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. ¹⁸Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados. ¹Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús» (Heb. 2:5-18; 3:1).

«³Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; ⁴en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Co. 4:3-4).

En nuestra anterior meditación estuvimos considerando la gloria y trascendencia de Cristo como Hijo de Dios, habiéndosele conferido las prerrogativas de Dios. Primeramente el poder de la vida, en segundo lugar el poder de la luz, y por último el poder del señorío.

En esta meditación vamos a dedicarnos a otro aspecto de la gloria de Cristo, es decir, la gloria y peculiar trascendencia de Cristo como Hijo del Hombre. También aquí necesitamos visión espiritual. Si los hombres pudieran ver realmente, desde el punto

de vista de Dios, con el propio conocimiento y entendimiento de Dios, al Señor Jesucristo como el Hijo del Hombre, todos los problemas de este mundo se resolverían. Porque en verdad, hay un sentido en que todos los problemas se resuelven cuando vemos. Y la solución de Dios es su Hijo. Que esta sea nuestra actitud y deseo: el ver a Jesús en el interior con los ojos del corazón iluminados, dándonos Dios espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Él.

Permitidme expresar aquí una convicción personal. Creo que la carga de nuestros corazones debería ser ante todo que los ojos del pueblo de Dios sean abiertos. Si eso fuera así, ¡qué actitudes tan distintas se tomarían! ¡Cuán grandes posibilidades habría para Dios! ¡Cuántas cosas deshonrosas para el Señor desaparecerían! ¡Si sólo pudieran ver! ¡Oremos intensamente para que los ojos del pueblo de Dios sean abiertos! Y después, para que los ojos de los hombres sean abiertos en general, oremos que haya un ministerio que abra los ojos, como el de Pablo: “...a quienes te envió para que abras sus ojos, a fin de que se conviertan de las tinieblas a la luz” (Hch. 26:17-18). Oremos continuamente sobre estas líneas.

EL ARQUETIPO: UNA NUEVA HUMANIDAD

Creo que existen dos o tres aspectos en particular de Cristo como Hijo del Hombre. En primer lugar, éste es el título humano de Cristo y nos trae en principio el concepto de Él como hombre, o como humanidad. Lo que es necesario que veamos en cuanto al Señor Jesús, es el significado divino de su humanidad. Como Hijo del Hombre, no es tan sólo que Él haya venido a nuestro lado tomando carne y sangre, haciéndose de este modo un hombre para simplemente estar aquí como un hombre entre hombres. No, esto no es todo. Mas aun, esta concepción es peligrosa y sólo nos permite adelantar hasta un cierto punto. Es cierto que Él es hombre, cierto que ha participado de carne y sangre, pero hay una diferencia, una diferencia inmensa, infinita. Humanidad, pero no exactamente nuestra humanidad. La trascendencia de Cristo como Hijo del Hombre, es que Él es el arquetipo de una nueva humanidad.

En el universo de Dios en este momento hay dos humanidades, mientras que antes sólo había una. La humanidad adámica era la única, pero ahora hay otra, una humanidad distinta, de carne y hueso pero sin la naturaleza pecaminosa de la otra humanidad. Sin nada de lo que ha apartado y separado a esa humanidad de Dios. Sin nada de lo que puso a esa humanidad bajo juicio de Dios. Una humanidad a la que Dios en su infinita perfección y santidad, puede mirar con complacencia y completa satisfacción. “*Mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia*” (Mt 3:17). Es un Hombre, pero tal hombre cual no es común entre los hombres, sino por completo distinto. Lo significativo de Cristo como Hijo del Hombre es que en Él Dios ha comenzado una nueva humanidad de acuerdo con su propia mente y pensamientos perfectos. En su Hijo está el arquetipo de esta nueva humanidad a la cual Dios va a modelar a toda una raza, “*conforme a la imagen de su Hijo*” (Ro. 8:29).

Cada vez que tu y yo, como pueblo de Dios nos reunimos alrededor de la mesa del Señor y tomamos el pan, estamos dando testimonio del hecho tremendo de que ahora somos todos de una pieza con Él, como un nuevo tipo de humanidad; puesto que ese pan es Cristo entregado por nosotros para ser nuestra vida. Pero para ser esa vida que

responde a las expectativas de un Dios perfectamente Santo, esa vida ha de estar libre de toda cosa corrupta; todo lo que este sujeto a corrupción: no debe de tener en sí elemento alguno de corrupción. Y así es Cristo. Su humanidad es incorrupta e incorruptible, y eso es lo que se nos da, de modo que en este acto de recibirlo, y de la misma forma que la comida llega a formar parte de nosotros mismos, Él llega a ser la base misma de esta vida interior, esta nueva creación que está dentro al recibirlo, Él es su misma vida, apoyo, sostenimiento y energía. Él llega a ser para nosotros la base de una vida y de un ser completamente distintos.

La gran realidad acerca del verdadero cristiano es que él o ella están siendo progresivamente transformados en otro, está llegando a ser alguien distinto. No es simple y solamente una cuestión de tener fe objetiva en Cristo como algo externo. Es más que esto. Es vivir interiormente por Cristo.

De modo que Dios ha entrado en la esfera de la humanidad en la persona de su Hijo como representando un completamente nuevo orden, un nuevo orden de seres humanos y en virtud de una unión vital con Cristo está emergiendo una nueva raza, un nuevo orden. Una nueva clase de humanidad está creciendo de manera secreta en un proceso que mira a “aquel día” del que habla el apóstol, en que tendrá lugar la manifestación de los Hijos de Dios. Entonces la maldición se disipará, y la creación misma será librada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los Hijos de Dios (cfr. Romanos 8:19-21).

Lo importante ahora es la tremenda significación de la encarnación, de la Palabra haciéndose carne y morando entre nosotros. Vemos la tremenda significación de Cristo como Hijo del Hombre en tanto que estableciendo entre los hombres un nuevo tipo de ser, una nueva clase y forma de humanidad. No hay ninguna esperanza para la creación excepto en este nuevo tipo, este nuevo orden. Si los hombres vieran esto, ¿no se resolverían todos los problemas de este tiempo? ¿De qué hablan? ¿Cuál es la gran frase más común en los labios del hombre de hoy? ¿No es un nuevo orden, un nuevo orden mundial? Están ciegos, hablan en la oscuridad; van a tientas, buscando algo, pero no ven. El único nuevo orden es el orden del Hijo del Hombre. La única esperanza para este mundo es que tenga lugar esta nueva creación en Cristo Jesús.

LA VERDAD PREFIGURADA EN LA HISTORIA DE ISRAEL

Podríamos hablar ampliamente sobre la humanidad del Señor Jesús. La Escritura contiene probablemente mucho más de lo que piensas. Pero nota por favor que Dios ha puesto esto profundamente en el mismo fundamento de la historia. Toma a Israel como el gran objeto de instrucción de Dios para las edades pasadas –y su historia pasada sigue siendo todavía el gran libro de ilustraciones de los principios de Dios– y encontrarás que la misma vida nacional del Israel pasado estaba fundada sobre cosas que muestran la perfecta humanidad del Señor Jesús.

Ve al libro de Levítico, y toma aquellas fiestas. te darás cuenta del lugar que la humanidad (la harina fina) tiene en aquellas sombras y tipos. Vemos que Dios ha dicho allí a través de ilustraciones que la vida del pueblo que va a satisfacerlo se basa en una naturaleza, una humanidad, no la antigua y quebrantada humanidad de Adán, sino otra. En el mismo fundamento de la vida de tal pueblo, se establece esta realidad.

Hay una humanidad que es perfecta e incorruptible. Y de estas fiestas ha de erradicarse cualquier sugerencia o sospecha de levadura, que simboliza la corrupción, el fermento de la vieja naturaleza. No tiene ningún lugar en la base de la vida de Israel en su relación con Dios.

Hay mucho que decir sobre todo esto, pero no vamos a hacer aquí una exploración exhaustiva del tema. Sólo quiero señalar el hecho de que la humanidad del Señor Jesús como Hijo del Hombre introduce una nueva clase, un nuevo tipo, un nuevo orden en el universo de Dios que sí satisface a Dios.

En esto yace el tremendo y maravilloso significado de nuestra unión con Cristo por la fe, llevándonos precisamente a lo que Él es como aceptado por Dios. La consecuencia práctica de esto ha de ser que tú y yo abandonemos más y más el terreno del viejo Adán, de lo natural, nuestro terreno, y que permanezcamos en Cristo. Esto simplemente significa asirnos por fe a lo que Él es, y dejar ir lo que somos, en ello Dios encuentra su complacencia. Si nos mantenemos en nuestro propio terreno, en lo que somos por naturaleza, y lo tomamos en consideración e intentamos hacer de ello algo bueno, o incluso si pasamos el tiempo deplorando lo miserable que es la vida natural, perderemos la gloria de Dios. La gloria de Dios se encuentra en otra humanidad. Vive en Cristo, ocúpate con Cristo, que tu fe se aferre con firmeza a Cristo, permanece en Cristo, la gloria se encuentra ahí. Es la gloria de Cristo como Hijo del Hombre. ¿Cuáles son las horas más benditas y gloriosas de la experiencia cristiana? ¿No son las horas en que estamos contemplando absortos lo que es Cristo?

EL PARIENTE REDENTOR

También, la gloria de Cristo como Hijo del Hombre se ve en Él como pariente-redentor. Primero como arquetipo de una nueva humanidad, después, en segundo lugar como pariente-redentor. Seguro que en este punto tus pensamientos se han dirigido a este pequeño clásico, el libro de Ruth. No es necesario entrar en la historia de Ruth en detalle, pero de esta historia brotan grandes verdades y principios de la actividad redentora del Señor.

El resumen de la historia es éste. La herencia se ha perdido. Llega el día en que la herencia se convierte en un asunto de seria preocupación para quienes la han perdido. En ellos hay solemnidad y tristeza. Se han dado cuenta de que han perdido el control y los derechos sobre la herencia, y por ello están profundamente apesadumbrados. De acuerdo con la ley sólo hay una manera de “re-comprar” la herencia perdida y es a través de un pariente. Ha de ser un pariente varón, ha de ser de la familia, ha de tener el derecho de redimir, ha de tener también la capacidad de redimir y además ha de tener el deseo de hacerlo. Quienes perdieron la herencia y están ahora tan preocupados por su recuperación, están buscando este pariente-redentor que tenga el derecho, la capacidad, los recursos y que desee redimir la herencia perdida. Ya sabéis como Ruth entra en contacto con Booz, creyendo que él es el pariente-redentor y viendo que sí tiene el deseo, los recursos no le faltan, descubre que Booz no tiene el derecho porque hay otro pariente que está por delante de él legalmente. Por tanto ha de apelarse a quien tiene el derecho. Cuando se hace esto resulta que aquel, aunque tiene el derecho, no tiene ni capacidad ni recursos, y por ello le pasa sus derechos a

Booz. De modo que al final Booz es quien reúne por completo los requisitos para el asunto. Ahora tiene el derecho, los recursos, la capacidad y además tiene la voluntad de hacerlo.

Pero entonces aparece algo más en la historia. De acuerdo con la ley, el pariente-redentor ha de tomar como esposa a aquella para quien redime la herencia, y el camino había de estar libre para ello. El otro pariente no podía hacerlo porque el camino no estaba libre para ello, pero Booz sí tiene el camino libre.

Estos son los elementos de la historia. No voy a tomar cada pequeño detalle sino sólo los puntos principales del bosquejo. Vemos cómo Dios ha puesto una ilustración maravillosa y exquisita de la gloria de Cristo como pariente-redentor. La herencia se ha perdido. *“¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre para que le visites? Le hiciste un poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria y de honra, y le pusiste sobre las obras de tus manos; todo lo sujetaste bajo sus pies”* (Heb. 2:6-8). Pero, ¿dónde está este hombre? Esta herencia se ha arruinado, y todo cuanto Dios quería para el hombre se ha perdido. A través del pecado de Adán, el hombre ahora ha perdido su herencia. En Adán el hombre ha dejado de ser heredero de todo; la herencia se ha perdido. La tragedia de esta humanidad representada por Adán es la siguiente: una vez fue heredera, hecha para heredar, pero ahora está en bancarrota, sin esperanza, lo ha perdido todo. Esta es la tragedia de esta humanidad. Es ahí donde estamos por naturaleza. Lo tenemos escrito en nuestro ser. Nuestra misma naturaleza da testimonio del hecho de que falta algo, algo que debería de estar y no está. Estamos buscándolo a tientas. Está en nuestra misma esencia buscarlo, anhelarlo. Toda ambición del hombre, toda búsqueda, toda pasión nace del clamor interior, de que hay algo que el hombre debería tener pero no puede conseguir. Acumula todo cuanto este mundo puede ofrecerle y muere diciendo: “¡No, no lo he conseguido, no he encontrado lo que persigo!” Es un heredero que ha perdido la herencia.

EL DERECHO DE REDIMIR

Y en un mundo así, en una raza así, Dios, en su Hijo, viene desde afuera, en cuanto a su humanidad, como pariente-redentor. En primer lugar, Él tiene el derecho de redimir. ¿Por qué? Porque es el primogénito de toda creación. Él tiene el primer lugar. No es un pariente de segundo orden. *“Él es antes de todas las cosas”* (Col 1:17). Es el primogénito. Tiene el derecho por su lugar, el lugar que ocupa, el primer lugar. Piensa de nuevo en todo lo que concierne al Señor Jesús como aquel que viene primero, como el que está en el primer lugar, como el primogénito, y verás que la redención del hombre constituye su derecho. Puesto que en la Biblia es esencialmente el primogénito el que lleva consigo los derechos. Aquí está Jesús, Hijo del Hombre, el primero, porque Dios le ha señalado y le ha puesto en tal posición. Él tiene el derecho de redimir.

EL PODER DE REDIMIR

Él tiene también el poder de redimir. Es decir, Él tiene los recursos para redimir. Consideremos lo que se requiere. ¿Qué se requiere en esencia? La herencia no ha de redimirse tan sólo en favor nuestro, sino también para Dios. Nosotros, por nuestra

parte, somos herencia de Dios, somos posesión de Dios por derecho, y no sólo hemos nosotros perdido nuestra herencia, sino que también Dios ha perdido su herencia en nosotros, y aquello que a nosotros pudiera satisfacernos no podrá nunca satisfacer a Dios. Si Dios ha de recuperar en nosotros la herencia que perdió por el pecado y rebeldía del hombre, su redención ha de ser de acuerdo con Dios, algo que satisfaga a Dios. Dios no puede estar satisfecho con cualquier cosa. Ha de ser algo que responda por completo a la propia naturaleza de Dios. De modo que digamos de inmediato que *"fuimos redimidos de nuestra vana manera de vivir no con oro o plata sino con la sangre preciosa de Cristo como de un cordero sin mancha y sin contaminación"* (1 Pe. 1:18-19). ¿Qué es lo que satisface a Dios? Es algo incorruptible.

Aquello que devuelva a Dios su satisfacción ha de ser necesariamente algo incorruptible, incontaminado, sin mancha ni culpa. Estas son palabras que, como ya sabemos, siempre se relacionan con Cristo como tipo: un cordero sin mancha ni contaminación. Este es el recurso de la redención, el poder para la redención. Redimir significa recuperar la herencia perdida, y Él ha redimido por su sangre, porque esa sangre representa su vida, que es una vida incorruptible, una vida sin pecado, una vida que satisface completamente a un Dios sumamente justo y santo. Este es el precio de la redención. ¿Puede él pagarlo? El ver la humanidad del Señor Jesús en su incorruptibilidad es ver su tremendo poder para redimir. Deja a un lado al Señor Jesús y estarás poniendo a un lado todo el poder para la redención, todo derecho a la redención; sin Él no hay esperanza de redención. Nunca podemos ser redimidos para Dios con cosas corruptibles como oro o plata. Ser redimido para Dios significa que hay una vida desarrollándose que es de acuerdo con la misma naturaleza de Dios. ¿Tienes tú eso? ¿Lo tengo yo? Si pudiéramos encontrar eso en nosotros mismos, entonces podríamos ser nuestra propia redención, nuestros propios redentores, y ¿quién puede decir esto?

¡Ay, es ahí donde está la ceguera! Hablamos en nuestra anterior meditación de la terrible ceguera que se ve en la evolución. Sin embargo aquí esta la horrorosa ceguera de este terrible evangelio, que no es un evangelio en absoluto pero que se predica como tal, es decir, el humanismo: que el hombre tiene en sí mismo el poder de llegar a ser como Dios. Las raíces y semillas de la perfección están en lo profundo del propio ser del hombre, y se encuentran con sólo cavar lo suficientemente hondo para encontrarlas. No hay ninguna necesidad en absoluto de intervención de fuera. No es necesario que Dios intervenga, que Cristo venga a este mundo. El hombre tiene en sí la capacidad de levantarse, de mejorarse a sí mismo. En el fondeo de su propio ser, el hombre es una criatura maravillosa. ¡Qué ceguera! Dirás: "Esto es sorprendente a la luz de lo que está ocurriendo en el presente y las condiciones presentes del mundo; sorprendente que alguien pueda creer esto, no digamos ya el predicarlo. ¡Sorprendente que por un lado hablen de increíbles atrocidades, peores que las de las edades bárbaras, y por otro digan que está en el poder del hombre el ser como Dios!" ¡Ceguera! A pesar de todo cuanto podamos decir acerca del valor de los hombres; del gran valor de nuestros hombres en el ejercito, por ejemplo, y toda su disposición para sufrir penalidades, y mucho más –y no queremos quitar su valor a estas cosas– la cuestión real es la siguiente: ¿Son los hombres de hoy más nobles moralmente?

Hace un rato estuve hablando con un hombre que tiene una posición de gran

responsabilidad entre los soldados de la Marina, y me dijo: “He pasado toda mi vida en servicio a la Marina, y pensaba que sabía lo que eran situaciones malas, pero tal y como veo las cosas hoy en los ejércitos ¡estoy casi conmocionado!” El horrible estado de la vida moral en los ejércitos le aterra. Quien dice esto es un hombre endurecido, con la experiencia de toda una vida entre marineros. ¿Están los hombres elevándose moralmente? ¿Quién puede decir: “¡Sí!” a la luz de lo que estamos viendo hoy?

Y sin embargo se está predicando este evangelio del humanismo: que el hombre se levanta con presteza, y la utopía está en nuestro horizonte; ¡porque el hombre tiene en sí mismo la capacidad de elevarse! Esto es ceguera, terrible ceguera. Sin embargo, ver al Hijo de Dios, al Hijo del Hombre, es ver la esperanza, la dirección donde está la redención. Porque la Redención está en la dirección de otra clase de humanidad, y en un poder para redimir, y porque hay algo ahí que satisface a Dios, y cualquier cosa que no satisfaga completamente a Dios no podrá ser jamás poder redentor. ¿Tiene el Señor Jesús el poder? Todos aquí clamamos a una voz: “Sí, Él tiene el poder, Él tiene los recursos para hacer esto”.

LA LIBERTAD DE REDIMIR

Sin embargo se suscita otra cuestión. ¿Está Él libre para poder redimir? Una cosa se da por sentado en todo este asunto del pariente redentor, y es que sólo puede tener una esposa. Si ya está casado está descalificado, porque no puede casarse con la persona para quien redime la herencia. Este era el problema que tenía el otro pariente en el caso de Ruth. No estaba libre; estaba casado y tenía una familia. Pero Booz estaba soltero, estaba libre, podía tomar a Ruth por esposa. El camino estaba libre por completo.

Ahora entramos en el reino de lo espiritualmente sublime. Cristo amó a la Iglesia y se dio a sí mismo por ella, para redimirla de toda iniquidad (Ef. 5:25; Tit. 2:14). *“Maridos amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la iglesia, y se dio a sí mismo por ella”*. El redimido va a ser unido al Señor, y el Señor Jesús –lo digo con toda reverencia– sólo va a tener una esposa. Solo van a haber unas Bodas del Cordero. La Iglesia es su única novia. Sus redimidos son los únicos que van a ser llevados a una relación así con Él, y el camino está libre. No tiene ningún otro compromiso, permanece perfectamente libre para redimir, y para aceptar las consecuencias de redimir, o sea, casarse con aquella para quien redime la herencia.

¿No nos sitúa la Redención en una posición muy sagrada con relación al Señor Jesús? Esta es la verdadera significación del título que se le atribuye como nuestro pariente-redentor, que vamos a ser unidos a Él. No redimidos como un mueble, no redimidos como algo, sino redimidos para ser unidos a Él para siempre en el mas santo de todos los vínculos. Casados con el Señor. esta es la significación del Hijo del Hombre. Sí, Él es libre; puede hacerlo.

EL DESEO DE REDIMIR

Sólo queda una cuestión. ¿Está Él dispuesto? Tiene Él derecho, tiene los recursos, tiene la libertad. ¿Querrá hacerlo? ¡Ay! ¡De qué modo deben Ruth y Noemí haber esperado, con el aliento contenido y corazones palpitantes hasta que esta última

pregunta encontraba su planteamiento y respuesta! ¿Querrá él? ¿Está él dispuesto? ¿Qué decimos a esto? El lo ha hecho, y esto responde la pregunta. Todo cuanto resta, si no estamos en el disfrute de todo esto, es que lo aceptemos, lo creamos. ¡Él está dispuesto!

Quiera el Señor arrebatarnos nuestros corazones y ampliar nuestra visión de Jesús, el Hijo del Hombre.